V.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Un año despues se hallaba Ana en París, rodeada de un lujo de gran tono, que indicaba riqueza y felicidad...

Las colgaduras de seda caian suavemente sobre las ventanas para debilitar los rayos de la luz; y orientales tapices ahogaban el sonido de los pasos, permitiendo al pensamiento abandonarse á los sueños que le encantan, sin que un ruido importuno los interrumpa ¡Todo en la suntuosa casa del señor de Marans, revelaba al hombre amante de los goces ma-

teriales; pero la flor más hermosa de aquella deliciosa morada, se inclinaba pálida y marchita. Ya no era Ana la graciosa niña de la sonrisa de ángel, de la frente sonrosada, de los rasgados ojos azules, tan dulces y tan espresivos! era una jóven triste y tímida cuyos lábios se entreabrian apenas para sonreirse; era una muger santamente resignada, que, á pesar de la amargura aglomerada en su corazon, pronunciaba tan solo palabras de amabilidad, y cumplia sus deberes sin quejarse y sin murmurar.

Cuando Ana, oprimida de los adornos que el orgullo de su marido le prodigaba, aparecia en las magníficas reuniones parisienses, los grupos se abrian para dejarla pasar, cesaban los *á partes*, y todos la saludaban con respeto: fácilmente se conocia que, debajo de aquel trage de baile, que, debajo de aquella brillante corona de diamantes, se ocultaba un pesar grave y profundo, uno de aquellos que el mundo no comprende, pero que respeta y adivina como si fueran un santo misterio.

Una mañana estaba Ana al lado de su marido, y le sometia la lista de los convidados para el baile que al dia siguiente daban.

—¿Os habeis olvidado de alguna persona? preguntó el señor de Marans, recorriendo la lista.

—Creo que no.

—Cómo no! replicó su marido con sor-

presa, aqui no veo á Enrique Senecey.....

—Creí, dijo Ana titubeando.... no me acordé.

—Va, va, está visto que no conoceis el mundo: no habeis convidado á Enrique, ¿y por qué? porque hace dos meses que os dirigió una declaracion amorosa.

—Sabeis.....

—Mucho que sí. En alguna ocasion manifestais tan poco talento, que todo Paris conoce vuestros pensamientos: os asustasteis y con las lágrimas en los ojos fuisteis á casa de mi hermana á contarle lo que llamais una ofensa, porque un hombre os dijo que os amaba: amiga, esto es muy ridículo; santo y bueno que seais virtuosa, pero sin hacer alarde de ello; no deis lugar á que se diviertan á costa vuestra. En este siglo escita burla, lo que en otros solia causar admiracion, y en Francia el ridículo mata; yo tengo plena confianza en vos, y por consiguiente es inútil, sino peligroso, llamar demasiado la atencion, aun cuando se trate de virtud. Habeis rechazado el homenage de Enrique, muy bien hecho; habrá puesto sitio á otra plaza; pero si hoy no le convidais, creerán que soy zeloso, que tengo miedo... y por cuanto hay en el mundo no quiero ponerme en ridículo..... Ademas ¿quién sabe si creerán tambien que vos le temeis?

—¡Yo!

—Oh! Dios mio! sé que no; hablo de los demas... Ya estàs temblando por nada. Es pre-

ciso que te vayas acostumbrando á los usos de la sociedad..... advierte que no estás en las montañas de la Suiza, que la vida es muy diferente, que los hombres piensan de muy distinto modo, y en fin, que lo que allí parece bien, aquí parece mal.... Vamos, pon en tu lista al señor de Senecey, y no hablemos mas del particular.

Iba á retirarse y se detuvo.

—Se me olvidaba decirte, que tienes un convidado mas; Eduardo, tu primo, llega hoy.

Cayósele á Ana la lista de las manos y se bajó con viveza para recogerlo.

—Tal vez me retiraré muy tarde, quedas encargada de recibirle. En su carta me dice que piensa permanecer en Paris muy pocos dias, yo quiero que estos dias se conviertan en meses, anunciaselo asi en mi nombre: mañana le veré.

Marchóse, dando un beso á su esposa; pero sus lábios estaban frios, no los animaba la llama del amor.

Ana temblaba, sus mejillas abrasaban; intentó escribir, y puso en la lista veinte nombres que figuraban ya en ella.....

Cediendo, en fin, á la violencia de su emocion, arrojó la pluma, y tapándose la cara con las manos.....

—¡Eduardo!..... murmuró..... ¡Eduardo!..... ¡oh! ¡dadme fuerza, Dios mio!..... ¡per-

don, perdon! ¡mi turbacion es un crimen!

Se quedó por un momento sumergida en sus reflexiones; y levantando luego la cara que estaba bañada en lágrimas:

—¡Perdon! repitió; debiera morir de vergüenza; soy culpable, Dios mio, muy culpable!..... Y sin embargo, en un año este es el primer momento de felicidad que esperimento..

Asustada de la alegría, que á su pesar, se apoderaba de ella, asustada del encanto que esparcia á su alrededor la esperanza de volver á ver á Eduardo, procuró espiar su falta, procuró persuadirse á sí misma de que era culpable. ¡Pobre niña! que queria luchar con su corazon y detener con una palabra sus palpitaciones. ¡Pobre muger! que creia posible, sin guia y sin apoyo, imponer silencio á la voz de las pasiones!....

Y sin embargo, encontró en el sentimiento de sus deberes, en el recuerdo de sus sacrificios, un valor desconocido, un valor sobrenatural. Dificil era la empresa, marchaba sola por una senda escabrosa; y no contaba con el amor de un esposo que la ayudase en sus virtuosos designios. En su seno debia encerrar sentimientos que sin cesar se renovaban; no se atrevia á juzgar al señor de Marans, ni á acusarle en el fondo de su corazon; tal era el temor que tenia de que aquel corazon, ocupado por otro recuerdo, fuese injusto con él;

en aquella lucha podia vencer.... pero tambien podia morir!...

Al cabo de algunas horas estaba tranquila; sus ojos habian perdido el brillo, la obra del padecimiento se acababa; se habia dado el golpe; y triste, pero animosa, se encorvaba debajo de la última prueba.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

VI.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Cuando llegó Eduardo, le recibió como á un amigo; pudo sonreirse al darle la mano; y, sin estremecerse, presentar su frente al beso fraternal. Pero Eduardo estaba pálido, y el mas profundo dolor le agoviaba: al contemplar el descarnado rostro de su pobre prima, comprendió aquella penosa existencia, y comprendió tambien que no habia padecido solo.

En el fondo de su alma juró compadecerse de la infeliz Ana, guardó silencio acerca de lo pasado, no le recordó su amor ni sus padecimientos, ni su momentánea felicidad, »hablóle

tan solo de la Suiza, y de su madre que echaba muy de menos el amor de su sobrina.

Pero al remontar el pensamiento de Ana al tiempo de su dichosa infancia, le recordaba sus sueños llenos de poesía, y de amor; cada palabra suya encerraba esta idea: «Entonces yo te amaba! Tú eras feliz y hermosa!.... eras mia!....»

Para sustraerse á aquellos recuerdos tan poderosos, buscó la triste jóven, los que solo tenian relacion con su pais, y desplegó una elocuencia sublime al hablar de sus montañas, de su cielo puro y azulado, y de sus temerarios paseos en los que despreciaba un peligro cuya estension no comprendia. Mientras que se animaba con una especie de delirio recordando una felicidad, que tal vez solo habia conocido porque su tierna alma se abria entonces al amor, su primo observaba con inquietud y dolor todos sus movimientos. Las mejillas de Ana estaban cubiertas de un sonrosado oscuro, sus ojos brillaban como nunca, y hablaba por monosílabos. Eduardo apartó de ella la vista con desesperacion, porque habia descubierto la verdad. Aquella muger que él amaba, su amiga, su hermana, la que habia crecido á su vista, que no tenia mas pensamientos que los suyos, mas sueños que sus sueños, arrancada de la poesía de sus ilusiones como una flor de su tallo, hija de la montaña, candorosa y pura que el mundo no

Fe Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

podia comprender, aquella mugér en fin se moria!

Desde aquel momento consagró Eduardo su vida á Ana; quedóse á su lado, no queria perder ni una mirada, ni un suspiro suyo, porque conocia, que la triste felicidad que esperimentaba no podia ser muy duradera, y allí, y siempre allí, aguardaba el fin de aquel drama á cuyo desenlace estaba unida su ecsistencia.

El señor de Marans le dejaba en plena libertad, cansado ya de los cuidados que ecsigia la quebrantada salud de su esposa. Varias veces le suplicó Ana que la dispensase de presentarse en las reuniones, al principio se opuso á ello; pero cuando llegó Eduardo accedió á sus deseos, y se ocupó tan solo de sus placeres.

La primavera habia aparecido otra vez y Ana recobrado sus fuerzas; apoyada en el brazo de Eduardo daba algunos paseos por el jardin de su casa, y allí se abandonaba á su infantil alegria, y allí en sus recuerdos encontraba una felicidad sin límites. Tranquilizada con los cuidados respetuosos y tiernos de Eduardo, gozaba sin temor, ni remordimientos del placer de oirle, le escuchaba con aquel sentimiento íntimo de admiracion, con aquella especie de respeto profundo que se profesa á la persona que se ama: era feliz!

Ana dirigia de vez en cuando una mira-

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

da lánguida y apacible al lado de la Suiza, y un dia que su marido estaba á su lado hablando con Eduardo, permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en el horizonte, y bañados en lágrimas, que sin sentirlas resvalaban por sus megillas.

—¿Qué teneis, Ana? preguntó el señor de Marans, sin poder disimular su mal humor.

Al oir su esposa aquella voz indiferente que la llamaba á la tierra, se estremeció, enjugó sus lágrimas y murmuró tristemente.

—Estaba pensando que moriré sin volver á ver mi hermosa Suiza..... y sin volver á saludar la tumba da mi madre.

—¡Ay Dios mio! repitió el señor de Marans, con su acostumbrada frialdad. Si me lo hubieseis dicho, hace ya tiempo que estarian satisfechos vuestros deseos.

—¿Es posible? esclamó Ana, me acompañareis á mis montañas!

—Eduardo se encargará de hacerlo: me es absolutamente imposible salir de Paris en la actualidad; dentro de algunos meses iré á buscaros.... Con que, Eduardo, ¿consentís en remplazarme?

Eduardo hizo un movimiento afirmativo, sin desplegar sus lábios; y el señor de Marans se retiró.

El abandono de su marido y el descuido con que la dejaba bajo la proteccion de su primo, afectaron estraordinariamente á Ana

pero Eduardo comprendió de otro modo aquella emocion, y creyó que su corazon pertenecia aun á su esposo, y que la indiferencia de este causaba todo su dolor; pues desde que se hallaba á su lado, no habia visto nada en ella que le dijera: "¡por tí he padecido y llorado!"

Mas desgraciado que nunca, se acercó á su prima y le tomó la mano: su mision era muy penosa, pero habia jurado no abandonarla, y aun cuando debiera padecer, queria cumplir su juramento.

—Hermana mia, os acompañaré á nuestras montañas!

Ana se estremeció de alegria al oir pronunciar aquel nombre que le abria un nuevo porvenir, pues escudada con él podia espresar mejor sus sentimientos.

—Sí, contestó dirigiendo una mirada de agradecimiento á su primo; volveremos á nuestro hermoso pais, y veremos nuestros ricos valles, y tal vez seré feliz, Eduardo.... feliz un dia antes de morir!

Patronato Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

VII.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Una semana despues, seguia el camino de Ginebra una silla de posta; iban en ella una jóven pálida y débil y un caballero cuya vida parecia estar consagrada á sostener aquella mústia flor: no apartaba un momento la vista de la enferma; adivinaba sus menores deseos; si la sonrisa se asomaba á sus descoloridos lábios, se sonreía él tambien; si la veía feliz, era feliz; si la veía padecer, padecia; en una palabra su ecsistencia estaba pendiente del aliento de la jóven.

Al cabo de muchos dias de camino, llega-

ron á Ginebra; Ana no quiso detenerse, y aquella misma noche estaban en la casa de la señora de Ceriñy.

La madre de Eduardo no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y de dolor al ver á su sobrina; la apretó contra su corazon, y se volvió para ocultar una lágrima; los padecimientos que estaban gravados en el semblante de Ana, encerraban para ella una acusacion grave; y aquella muger fria y orgullosa, al contemplar á su sobrina y á su hijo, dominada por aquella doble desgracia que habia provocado, se inclinó, casi con timidéz, delante de sus dos hijos, cuya sonrisa triste y apacible parecia que le estaba diciendo: «Te perdonamos!..."

Aquella noche vió Ana con placer la habitacion donde pasó sus primeros años. Como en otro tiempo, al abrir por la mañana sus ventanas, respiró los perfumes de las flores; y como en otro tiempo vió á Eduardo que la aguardaba para dar un paseo.

Encontrando á cada paso agradables recuerdos, olvidó por un momento sus pasadas penas, y recobró su alegria, menos estrepitosa, pero mejor sentida; y respirando el aire libre se fue recobrando poco á poco.... Pero la brisa de las montañas esmuy fresca.... y puede matar!

El primer mes dió Ana largos paseos acompañada de Eduardo; mas al segundo tuvo que

acortarlos, porque sus fuerzas se debilitaron. Era sin embargo feliz, á pesar de que frecuentes opresiones y repetidos accesos de fiebre la consumian.... Al cabo de algunos dias le fue absolutamente imposible salir del jardin, y últimamente solo pudo respirar el aire, que tanta falta le hacia, en un terraplen de la misma casa.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

VIII.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Se acercaba el otoño, la señora de Cerí-ñy estaba sumamente inquieta, y Eduardo muy tranquilo; hacia mucho tiempo que habia perdido toda esperanza, y conocia que la única felicidad que hubiera podido esperimentar en este mundo desaparecia por momentos; iba á consumarse el sacrificio y esperaba seguir á su prima.

Una tarde, en que Ana estaba mas débil que nunca, se empeñó en dar su paseo acostumbrado; apoyóse en el brazo de Eduardo, y se dirigió á un bosquecillo, en otro tiempo

testigo de su felicidad. Sentáronse uno al lado del otro, sus manos se quedaron entrelazadas, y guardaron un momento de silencio. Levantábase aire, la hoja amarilla caia del árbol y rodaba á sus pies.... el cielo estába opaco.... era el otoño!

Ana apretó convulsivamente la mano á su primo, sus ojos se cerraron y su cabeza se inclinó á un lado; Eduardo la rodeó con los brazos....

—Te pones mala, le díjo conmovido. Retirémonos Ana..... Tendrás frio?

—No, dijo, abriendo los ojos..... estoy bien, soy feliz así!... Mira Eduardo, añadió, apoyando la cabeza en el hombro de su primo, mira, conozco que nos queda poco tiempo de estar juntos..... en este mundo al menos.... Hoy puedo comunicarte mis pensamientos y decirte porque muero.... tan jóven!

—Pero...

—¡Oh! hace mucho tiempo que lo sabias.... Cuando me encontraste en Paris, conociste que para mi no habia otro remedio, yo tampoco lo ignoraba!... Dios no ha permitido que muriese léjos de mi pais... conoció que habia padecido demasiado, y quiso que entreviera la felicidad en la tierra... Por espacio de tres meses he gozado de ella.... ahora ... me siento muy débil... Pero muero contenta... porque estoy al lado de mi único amigo, del único hombre á quien amé.

P.C. Monumental de la Alcazaba y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

—¡Ana!

—Puedo decirte esto.... no es un crímen.... Otra vez soy tu Ana...! otra vez soy tu amada!...¡Oh! por qué te separaste de mí!....

Eduardo la apretó entre sus brazos.... sellároнse sus lábios en la frente de la jóven..... Pero ay! Sus ardientes lágrimas cayeron encima de un rostro helado por la muerte!....

Seis meses despues, dos tumbas se elevaban en el jardin de la señorá de Ceriñy, y la desconsolada madre iba todas las tardes á orar y llorar delante de ellas.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

FIN DE PADECER Y MORIR.

EL FONDO DEL ALMA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

El Fondo del Alma.

I.

Son las once de la noche, por no decir las doce, que es la hora mas clásica de todas; una muger duerme tranquila en una elegante alcoba. Quién es esa muger, me preguntareis? es jóven, anciana, modesta, coqueta ó devota? Ecsaminemos su habitacion, y lo sabremos; reina una armonía secreta entre la persona, los vestidos y los muebles: por do quier se ven ricos espejos, lagos inmóviles de los salones, rodeados de oro en vez de musgo: jóven y linda será esta muger, cuando tanto placer tiene en mirarse. Qué caprichosos son estos muebles! casi todos anuncian costumbres

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

contradictorias: un reclinatorio está al lado de la cama y junto á el hay una mesa de laca cubierta de frascos, esencias, y guarda-joyas; esta muger es inconsecuente. Ricos cuadros adornan las paredes, y á derecha é izquierda de la chimenea, se lee *Recuerdo y Tristeza*; es una muger que ama y padece!

Esta jóven duerme en medio del mas profundo silencio, y à su alrededor no se oye otro ruido que el del volante de la péndola. Pero una silla ha sido derribada; despierta con sobresalto, recorre rápidamente con la vista su habitacion, y en el rincon mas oscuro, divisa á un hombre; quiere gritar, el miedo se lo impide, y el grito que ha lanzado se detiene en su boca; sus párpados un momento antes llenos de sueño, se abren desmesuradamente, el blanco anacarado de sus ojos crece, sus niñas están fijas y azoradas, todos sus miembros se estremecen, y hasta su alma tiembla.

Aquel hombre, aquella pesadilla real se mueve lentamente, avanza hácia la alcova, se desliza hasta la cómoda y la abre con precaucion; en aquel momento los pálidos rayos de la lamparilla alumbran su perfil, y la jóven se queda atónita; ha reconocido á su marido. Reclina la cabeza encima de la almohada, finge estar dormida, y observa todos sus movimientos.

Está de pie delante de la cómoda, estiende

la mano, la retira, parece que vacila en su proyecto; se vuelve hácia la cama y clava en ella los ojos: duerme, dice en voz baja; vamos, valor; se afirma en su resolucion, alarga el brazo, se apodera de las joyas de su esposa y desaparece.

Precipitase fuera de la casa, y ya le tenemos andando á paso largo por Paris. Son las once y media de la noche, y la calma se estiende por nuestra bulliciosa ciudad en la que se oyen bramar todo el dia dos rios caudalosos, uno de agua y otro de hombres. A esta hora velan todavía los cuarteles mas concurridos, pero las calles estraviadas están ya completamente dormidas.

Al atravesar una de esas callejuelas aisladas, tan desiertas que se oyen en ellas el ruido de las pisadas, tan angostas que solo se ve en ellas una cinta de cielo, y tan innobles que todas sus casas parecen nidos de criminales, el marido fugitivo creyó oir pasos detras de él, volviose y no vió á nadie; los que le seguian pudieron ocultarse en el ángulo de una puerta. La calle estaba oscura, no conocia el gaz, ni la civilizacion; y no habia en ella mas claridad que la que despedia una luna pálida, verdadera lámpara de los buhos y de los ladrones.

Efectivamente eran dos caballeros de industria, que habiendo oido los diamantes, iban en su alcance. Cuando creyeron llegado

el momento se precipitaron sobre el transeunte nocturno echando las uñas á su preciosa carga, pero él la agarró con las dos manos y se travò un combate encarnizado.

—Mucho se resiste nuestro hombre! esclamó uno de los ladrones.

—Bueno será asesinarle, replicó el otro. El aderezo lo merece.

El puñal brillaba ya en su mano, cuando apareció un jóven, que arrojándose à ellos, como un paladin del Ariosto, los puso en precipitada fuga.

—Os debo la vida; sois muy generroso...., esponerse asi por un estraño!

—Os conozco mas de lo que pensais; os he socorrido, porque al resplandor de la luna he distinguido vuestra fisonomía; sois Enrique de Hersin, el marido de la hermosa Calista.

—¿Me conoceis?

—Se que llevais esas joyas á vuestra querida; pero ignoro como os habeis proporcionado tan rico regalo, porque estais poco menos que arruinado; una parte de vuestros bienes ha desaparecido en las mesas de juego, y la otra ha dorado la habitacion de Berta.

—Estais tan enterado de todas mis acciones como mi misma sombra!

—Es que como ella os sigo á todas partes.

—Pero en fin, quién sois vos que tan instruido estais; quién sois vos que habeis espuesto vuestra vida por salvar la mia?

—Un hombre que amaba á Calista con fanatismo antes de que fuese vuestra esposa, y que la ama todavía con delirio; un hombre á quien ella ha despreciado por vos.

—Y os vengais arrancándome de los brazos de mis asesinos! qué generosidad! Oh! decidme, cómo os llamais, cual es vuestro nombre!

—Cárlos Sirmiane..... Si vuestra vida fuese amenazada otra vez, y me hallàra yo cerca de vos, nada temais. Adios.

Desapareció y Enrique fue á prostituir el aderezo de su esposa á los pies de Berta.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

II.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Era Calista una hermosa criatura, de formas angélicas. Pero su amable esterior ocultaba una naturaleza nerviosa: las impresiones que ella recibia eran ardientes, aunque muy pasageras: se encendian con facilidad y con la misma se apagaban, dejando lugar á otras. Muy tímida por lo regular, mudaba de carácter, cuando alguna pasion la dominaba; se volvia audaz, colérica, y parecia imposible que un cuerpo tan débil tuviera tanta energía.

Lloraba si hay que, porque habia adivi-

nado que los diamantes robados adornarian á una querida. Despues de haber formado mil proyectos á cual mas loco, resolvió fingir con su marido que nada habia descubierto, poner un dique á su cólera, y contenerla en él hasta que descubriera á su rival. En lo sucesivo fue esta su idea fija, la sed de su alma; espió las menores acciones de Enrique, pero no vió que hiciera una sola visita ilegítima.

La inutilidad de su espionage la sumergió en la mas profunda tristeza: todas sus amigos estrañaban aquel cambio tan repentino, y hacian los mayores esfuerzos para distraerla. Una noche vió entrar en su casa á la señora de Lircas, cuyo coquetísmo era conocido en todo Paris.

—Querida amiga, le dijo, vengo á separarte de tus lúgubres ideas. Hace algunos dias que te veo tan sombria como el quinto acto de un drama moderno, y es preciso que te distraigas; vendrás esta noche con migo al teatro de la ópera, y nos acompañará tu marido.

—Enrique no esta en casa, dijo Calista y.....

—No importa; vienes sola, verás como nos divertimos, tendremos una reunion escogida; un marques que posee 60,000 libras de renta, un agente de negocios irresistible; un vizconde graciosisímo, y dos poetas llenos de talento. Hermoso es tu sombrero; algunos

corazones harás palpitar esta noche. No nos detengamos, marchemos pronto.

Un cuarto de hora despues, estaba Calista en el teatro de la ópera rodeada del vizconde, del agente de negocios, del marques y de los dos poetas. Maquinalmente dirigia su anteojo á su alrededor, sin fijarle en parte alguna, cuando llamó su atencion el ruido de un palco bajo que se abrió. Por largo rato estuvo ecsaminando la hermosa mujer que en él se sentára: sus negros ojos: eran muy brillantes pero algo atrevidos y revelaban las impresiones secretas, que deben permanecer siempre ocultas en la mujer; se conocia facilmente que no trataba de disimular sus miradas. Su cintura, apesar de ser tan perfecta como la de una estatua griega, carecia de gracia: su aire era demasiado decidido, y demasiado brusco su modo de accionar; y si alguna vez afectaba modales nobles, se veia desde luego que no estaba en su círculo.

De repente dió Calista un grito: habia visto su collar de brillantes, en el cuello de aquella mujer, y le habia reconocido por su engaste particular.

—¿Qué teneis? le preguntaron.

—¡Yo!..... nada..... esa pieza me afecta demasiado.

Aquella reunion que se componía de hombres nulos y de mujeres melindrosas, la creyó al instante; aquellas almas mezquinas eran

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

incapaces de adivinar una pasion poderosa, nunca esperimentaban mas que amores y zelos en miniatura, solo su vanidad tenia proporciones piramidales.

Un hombre se sentó al lado de la mujer del palco bajo, era Enrique.

Calista se levantó para ir á buscar á su rival, y arrancarle vergonzosamente sus diamantes; ¿pero qué pensarian los que la rodeaban?... La mano de plomo del *qué dirán* la volvió á sentar en su silla. Trémula y conmovida, debia responder á las preguntas insignificantes que le hacian, y con el infierno en el alma, debia imponerse el tormento de una sonrisa.

La mujer irritada triunfó sin embargo de la esclava de la sociedad y al cabo de un rato se levantó con resolucion y se lanzó fuera del palco, dejando que cada cual formára las conjeturas que mejor le pareciera.

No reparó en salir á la mirada de triunfo de una joven que estaba en la primera fila de lunetas: hacia diez minutos que observaba su dolor con una sonrisa sardónica. Algo mas lejos se hallaba un hombre ordinario con patillas rubias. Cuando Calista desapareció, acababa de entrar, y dirigia una mirada amenazadora á Berta y Enrique.

Pero aquella, orgullosa con su rico collar no reparaba en él; daba gracias á Enrique, reia á carcajadas para llamar la atencion, de-

cia chistes, y jugaba con su abanico: el pavo real hacia la rueda. Enriqne la miraba con enagenamiento; y el demonio gozaba, porque á pesar de sus muchas ocupaciones, se habia colocado bonitamente entre los dos.

De repente se abrió la puerta del pálco. De Hersin se puso pálido y retrocedió delante de Calista que entró echando fuego por los ojos. Con voz temblona dijo á Berta.

—¿Me conoceis?

—No, señora; contestó su rival, esta es la primera vez que tengo el honor de veros.

—Pues yo os conozco. Sois una de esas mugeres perdidas, sin vergüenza, que arrancan á nuestros maridos de sus hogares, para venderles á precio de oro un simulacro de corazon, un corazon tibio aun del amor de veinte que los precedieron; una de esas mugeres que empiezan su carrera en una casa soberbia y que acaban en un hospital: sois una muger pública.

Berta se quedó muda de sorpresa y de furor; se ahogaba de cólera y cuando pudo hablar esclamó.

—Insolente!..... Pero, ¿qué haceis, Enrique? ¿Permaneceis inmovil cuando asi se me insulta? Echadme esa muger.

—Oh, si! replicó Calista con tono irónico, obedecedla, echadme! Tendría que ver eso!... y volviéndose hácia Berta con impetuosidad, ¿no sabeis, añadió, que no se me puede

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

echar como á vos? Soy su esposa, oís?..... su esposa.

Cuando Berta conoció que aquella muger tenia derecho para humillarla, lloró de rabia; su pudor padecia poco, pero su vanidad estaba en un potro: Enrique que hasta entonces habia permanecido aturdido, recobró al fin su aplomo, que raras veces perdia, y se colocó en frente de Berta para interceptar á Calista la vista de los diamantes.

—En verdad, señora, dijo con sangre fria, que vuestra conducta es mas que irregular, no admite calificacion; insultais á una muger honrada. ¿Pues qué, no puedo separarme de vos, no puedo presentarme en público con una muger sin que se os suba al cerebro algun vértigo de zelos? ¿Os habeis casado para tener sujeto al marido, como á vuestro galguito inglés? Cese ya esta escena humillante, yo lo quiero; y no avergonceis mas á esta señora.

—¡Una muger honrada!..... ¡Avergonzarla!..... ¡Si no sabe qué cosa es vergüenza! El pudor, ese velo con que toda muger cubre su frente, hace ya mucho tiempo que lo arrojó por la ventana de su tocador. Si no quereis que sospeche de vos, no vengais por la noche, como un ladron, á robarme mi aderezo para regalárselo: si quereis que pase por una muger honrada, decidle que no lleve los diamantes de vuestra esposa. Pero yo he venido para hacerme justicia.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Y apartando entonces á Enrique, que en el primer momento de confusion no opuso ninguna resistencia, se precipitó sobre Berta y le arrancó su collar. Su efervescencia estaba en su colmo; respiraba con precipitacion; la fiebre la devoraba; y sentia dentro de sí aquella vida activa de la cólera y de la pasion.

En aquel momento el hombre de las patillas rubias se apoderó de la luneta desocupada que mas cerca estaba del palco en que aquella escena pasaba, y se puso á escuchar con la mayor atencion.

—¡Qué humillacion! esclamó Berta: bien pudiérais haberme evitado esa violencia; ignoraba que esos diamantes fuesen vuestros, os los hubiera devuelto, los tengo en muy poca estima. Soy bastante hermosa, añadió con orgullo, para que otro hombre me los regale mas brillantes: como yo quiera, señora, tendré aderezos de duquesas.

—¡Cómo os ama! dijo Calista á Enrique; creiais que era tierna, y es orgullosa y avara.

—Silencio! silencio! esclamaron algunos *dilettanti* vecinos, Grissi va á cantar su aria favorita.

—En nombre del cielo, hablad mas bajo, dijo Enrique; vais á escandalizar! Por favor cállate, Calista.

—No, no callo. ¿Cuándo conocisteis á esa muger? Hará mucho tiempo. ¿Dónde la visteis

por la vez primera? Respondedme, respondedme.

Pretendeis imponerme una confesion conyugal! dijo Enrique impacientado. Pues bien, la haré. Sí, la conozco hace mucho tiempo, y la amo. Estoy cansado ya del matrimonio y de su amor de real orden.

Calista se dejó caer en una silla sollozando, habia perdido la energía. Todo se acabó entre nosotros, dijo: estoy sola en el mundo, sola! No ser amada, ¡Dios mio! No tener un afecto protector en el que pueda apoyarme! ¡Tan hermosa es!..... añadió levantándose bruscamente, y agarró la mano de Berta con una fuerza nerviosa y clavó en ella los ojos.

Dió un grito de alegría. ¡Una arruga! esclamó; mirad, Enrique; esa muger no es tan jóven como creiais; cuando menos tiene diez años mas que yo: y vos, señora, acordaos de que vuestros adoradores os regalarán en lo sucesivo aderezos menos ricos, y que bajará la tarifa de vuestras sonrisas.

Apenas habian transcurrido algunos segundos despues de pronunciadas estas palabras, cuando el hombre de las patillas rubias entró bruscamente en el palco.

—Vuestra esposa ha insultado á mi hermana, dijo á Enrique, y vengo á pediros satisfaccion de sus injurias.

—¡Un desafio! esclamaron las dos mugeres asustadas.

Enrique temblaba, no de frio como Bailly, sino de miedo; su frente se puso pálida, y en ella se leia en gruesos carácteres: cobardía. No notó que dos ojos brillantes le estaban observando desde la primera fila de lunetas.

—Muy estraño me parece vuestro proceder, caballero, contestó procurando adoptar un aire tranquilo: ¿quién ha visto nunca que los hombres se mezclen en las disputas de las mugeres? ¿qué ventaja nos resultaria de acabar con un duelo sangriento el que ellas han principiado con habladurías?

—Mucho lo siento, pero el brazo del marido responde de la lengua de la muger. Salgamos.

—Ya os he dicho, que este desafio es ridículo y que no le admito.

—¿Estais decidido á ello?

—Sí.

—Pues yo os obligaré á mudar de modo de pensar! replicó, aplicando á Enrique un solemnísimo bofeton.

El rostro de un hombre por feo que sea, es un sagrado: parece que la bofetada fue un argumento bastante elocuente, y que á Enrique le pareció muy lógico.

—Salgamos, dijo, estoy pronto á seguiros.

—¡No saldrás! esclamó Calista asustada.

—Si la señora me insultó, replicó Berta, buen cuidado tendré yo de responderle; por

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

favor, no me vengues, hermano, con un duelo.

El hombre de las patillas rubias la rechazó. Enrique dió algunos pasos, sus piernas temblaban, y su rostro se cubria de una palidez que le acriminaba.

¡Quién me librará de este desgraciado desafio! se decia á sí mismo. Quisiera creer en mi angel de la guarda, ó en mi demonio familiar para llamarlos en mi ausilio.

—No os batireis, le dijo un joven que entró súbitamente, era el que le habia arrancado de las manos de sus asesinos, era Carlos Sirmiane. Vuestra ecsistencia es preciosa, continuó, pertenece á vuestra esposa, pero una bofetada recibida ecsige sangre. Ese caballero se servirá aceptarme por adversario.

Y sin aguardar la contestacion del inflecsible duelista, le arrastró y desapareció con él.

III.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Al dia siguiente en los salones de la señora de Lircas no se hablaba de otra cosa que de la accion generosa de Carlos. El agente de negocios que por la mañana habia sido su padrino, refirió el hecho.

—¿Está herido? preguntaron muchas señoras.

—Nada de eso, contestó el agente de negocios; su adversario sacó el brazo roto.

—¿Y qué ha sido de Enrique de Hersin? preguntó un jóven.

—Ayer se dejó arrastrar por su esposa, y

esta mañana durante la lucha, meditaría, sin duda, alguna memoria contra el desafio, á imitacion de una sociedad filantrópica ó de la sociedad de los cobardes.

—¡Generoso Carlos! dijo la señora de Lircas. Sabeis, amigas, que estuvo enamorado de Calista y que se sacrifica por su marido: ¡esto es bueno!

—¡Sublime! dijo otra señora, que se acordó de que Sirmiane tenia un hermoso vigote negro.

—¡Magnánimo! contestó otra. La primera vez que Carlos me visite, pensó interiormente, me pondré el vestido de muer azul, que tan bien me sienta.

El agente de negocios hizo un gesto; habia conocido que Sirmiane estaba á la órden del dia.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

IV.

Ocho dias pasó Calista en continuo llanto despues de su terrible entrevista con Berta. El primero que siguió á aquella fatal escena, quiso matarse, pero fué un pensamiento que se levantó con el alba, y que se disipó mucho antes de que el sol se ocultára. Se irritó en seguida al recordar el tono insultante de su esposo: travóse una lucha entre su amor y su orgullo; y éste triunfó de aquél. Seis meses habian transcurrido apenas y la pasion que á Enrique tenia, se habia enfriado considerablemente. Ya saben nuestros lectores que sus

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

impresiones volcánicas eran poco duraderas, y que su corazon de temperatura variable, era de aquellos en los que sopla hoy el viento del Sud, y pocos dias despues el viento del Norte.

Insensiblemente fué presentándose en las sociedades; los salones eran templos para ella llenos de incienso; convirtióse en una divinidad y no le faltaron devotos; pero la divinidad rehusó el culto. En todas las reuniones encontraba á Cárlos, quien de vez en cuando se arriesgaba á hacerle alguna que otra visita. Cuando, en otro tiempo, ocupada enteramente Calista de Enrique habia despreciado á Sirmiane, apenas se dignára reparar en él; pero cuando estuvo en voga, cuando el relato de sus generosas acciones hizo retumbar los ecos de los salones, dirigió hácia él sus miradas: el pedestal que el mundo nos da, nos engrandece siempre considerablemente. Por otra parte, la noche de la provocacion, habia admirado Calista la conducta animosa de Cárlos; no habia podido menos de decir que Enrique era un cobarde y él un valiente: muchos hermosos rasgos de los que ella fué testigo contribuyeron á ennoblecerle mas y mas á sus ojos, y le miró con entusiasmo cuando le vió en un marco de acciones sublimes.

Creyó notar en él una distincion particular; encontró nobleza en su carácter reserva-

do, en el poco cuidado que ponia en asegurarse el incienso del mundo; mas orgulloso que vano, no mendigaba los elogios, ni se vanagloriaba de un solo rasgo generoso. Pero lo que seducia sobre todo la imaginacion impetuosa de Calista, era el convencimiento que tenia de que debajo de aquella fria apariencia se ocultaba una imaginacion acalorada; mas de una vez le sorprendió palabras ardientes, que parecian calentadas en una llama interior, y con frecuencia bajaba los ojos delante de su mirada fija é indagadora, que instantáneamente despedia chispas eléctricas.

Un dia en que se hallaba sentada al lado de la chimenea, pensando tal vez mas en Carlos que en Enrique, la crónica no lo dice, un criado anunció al señor de Sirmiane.

Reprimió un ligero estremecimiento, y le dijo que le introdugera con aquella graciosa indiferencia tan familiar en las mugeres de gran tono. La conversacion estuvo poco animada al principio, fue uno de aquellos diálogos que tratan superficialmente mil materias, insignificante ligereza, fue una de aquellas conversaciones de salon que nunca tienen el vuelo de una águila, pero sí el de una mariposa.

Al soltar aquellas frivolidades, que tan mal sentaban á su carácter, pero que la sociedad ingiere en todas las imaginaciones, Carlos tenia los ojos fijos en Calista; decidió-

se en fin á decirle, estudiando el efecto que en ella producia:

—No sois capaz, señora, de adivinar el singular encuentro que acabo de tener. Se trata de una muger que conoceis.

—Es la elegiaca baronesa de Escars, la angular marquesa de Bastelli, ó la atractiva señora de Lircas?

—Ninguna de las que habeis nombrado. Es Berta, vuestra rival.

—¡Ah, esa muger! dijo Calista con una sonrisa de desprecio.

—No creí que oyeseis pronunciar este nombre con tanta tranquilidad.

—Ya no le hago el honor de tener zelos de ella.

—¡Cómo! no teneis zelos de una muger que os arrebató el amor del vuestro marido, el amor de Enrique á quien tanto amabais!

—Y á quien ya no amo. No os hablaria con esta franqueza sino conocieseis su infame conducta, que ya se hizo pública. Mi casa en el dia es de cristal, y el mundo tiene en ella fijas sus miradas.

—¡No le amais! esclamó Carlos.

—Os dije que no. Pero hablemos de otra cosa; esta conversacion es muy delicada para mí.

—¡No le amais! al fin derribasteis á vuestro ídolo, al fin descubristeis que vuestro angel era un demonio! No amais á Enrique, á

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA

ese hombre que yo detesto. ¡Oh! mi lenguaje os sorprende. Pues sabed que le aborrezco; que aborrezco sus miradas, sus palabras, sus movimientos, hasta su misma sombra, cuanto le pertenece, cuanto de él depende. Quisiera poseer cien corazones, tengo bastante odio en mi alma para llenarlos á todos.

—¡Dios mio! esclamó Calista con sorpresa: ¿es al salvador de Enrique á quien oigo? ¿Sois vos, Sr. de Sirmiane, vos que le quereis como á un hermano?

—¡Oh, si, le queria! como quiere el presidario sus cadenas, cómo quiere la boca el veneno! ¿Habeis olvidado, Calista, que os idolatraba?

Hizo un movimiento imponiéndole silencio, pero él continuó:

—Cuando os ví, se desenvolvió á mi vista un hermoso dia y todas las cuerdas de mi alma rompieron en una celestial armonía. Me dije á mí mismo: pediré la mano de esa jóven, y será mi esposa. Ocupado de esta idea, miré mi porvenir, y le ví risueño, rico y pródigo: me dirigí á vos, y me despreciasteis por Enrique.... entonces miré otra vez á mi alrededor, estaba en medio de un desierto, y mi primer grito fue un grito de odio.

—Callad, caballero, callad, dijo Calista con dignidad, pero con voz temblona; sabed que la jóven de que hablais no puede escucharos ya. Borradla de todos vuestros pensamientos.

—Quisiera hacerlo, pero no puedo; padezco tanto!..... Las llamas interiores únicamente por sí solas se apagan: no se sopla á una pasion como se sopla á una bujía.

Calista hacia mil esfuerzos para manifestarse impasible. Otra vez quiso imponer silencio á Cárlos, y no consiguiéndolo, replicó con indiferencia.

—Bien mirado hago mal en incomodarme; todo eso no pasa de ser una chanza. El que amó á la muger no se constituye en ángel custodio del marido.

—El interés que le manifesté, era amor que á vos tenia, era venganza. Escuchadme, Calista, escuchadme; vos sola, despues de Dios, conocereis el fondo de mi alma.

Calista le miró con estremecimiento, porque preveía alguna revelacion estraña. Cárlos continuó.

—Cuando Enrique fué insultado, cuando iba á batirse, me coloqué en su puesto; pero el fondo del alma decia: «Ese hombre se ha puesto pálido, ha vacilado, ese hombre tiene miedo; será bastante bajo para permitir que le reemplace. Calista verá que de los dos eligió al vil. A su alrededor se burlarán de su marido, y él aumentará el número de aquellos que la sociedad señala con el dedo?» me batiré por él. Por otra parte, señora, su vida me interesaba. Cuando le arranqué del puñal de los dos asesinos, si hubiera sido indispensable para

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

salvarle dejarme mutilar, abrirme las venas, derramar toda mi sangre, os juro que hubiera consentido gustoso en ello. Pero sabeis lo que el fondo del alma decia? "Si ese hombre muere, Calista olvidará sus faltas y le consagrará un culto; si vive, la hará padecer tormentos de zelos; derramará el oro de su dote á los pies de infames queridas; en su casa tendrán lugar todos los dias las escenas violentas que componen y hacen tan interesante el drama de un matrimonio mal avenido; el dolor y las penas ahumarán el hogar de su esposa; las lágrimas abrasarán sus almohadas, y yo seré feliz y quedaré vengado:" ese hombre vivirá.

—¡Cómo me amaba! esclamó Calista. Tal es la condicion de la muger, que perdona las venganzas mas atroces, si son originadas por el amor. Apenas hubo soltado aquella esclamacion cuando quiso recogerla, pero era demasiado tarde.

—Oh! ese grito salió de vuestra alma, dijo Càrlos sorprendido. Dios mio! Dios mio! dadme fuerzas para soportar tanta alegria! Ella me ama!

—Ridícula presuncion! contestó Calista, dueña ya de sí; os escuché demasiado tiempo, os dejo.

Habia conseguido cubrir su turbacion con un triple velo. Càrlos se levantó al mismo tiempo que ella, y su semblante recobró un aire de orgullo y de irritacion.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA Monumental de la Alhambra y Generalife

—Yo me retiraré, señora; ya puedo morir, mi venganza está satisfecha,

Gran Dios! Vais á mataros! esclamó Calista; quedaos, yo lo exijo,

—Si, me quedo, amada mia, añadió puesto de rodillas delante de ella como delante de una vírgen; pero por compasion, pronunciad una sola palabra de felicidad! Si supierais cuanto he padecido, no negariais un poco de alegría á un desgraciado que sale del infierno. Apartais de mí la vista! Conservais todavia algun cariño à Enrique?..... Acordaos de que para él sois menos que una muger vulgar; sois la muger á quien no ama: mientras que para mí sois mas que una santa, mas que un ángel, sois la muger á quien yo amo.

Calista se entregaba facilmente á toda clase de impresiones, pero su alma era casta, y aun porque su marido le hubiese sido infiel, se creia ella autorizada para faltar á la fé jurada. Pero su espresivo semblante la vendia, su emocion fué transparente, y por mas que decia á Cárlos de mil modos diferentes: "No os amo;" Cárlos traducia siempre: "Yo os amo;" y se separó de ella desesperado de haber librado la vida á Enrique.

Sirmiane pasó la noche en una contínua pesadilla, formando mil absurdos proyectos, como, por ejemplo, asesinará Enrique. El dia siguiente le ocurrió un pensamiento menos desesperado, pero para ello era indispensable que Enrique tuviese la atencion de insultarle ó de creerse insultado, y era muy pacífico; si su muerte hubiera dependido de su espíritu guerrero, su vida hubiera durado mas que una pirámide de Egipto.

Cárlos buscaba otro espediente, tan amigable como los precedentes, cuando Enrique entró en su habitacion.

JUNTA DE ANDALUCIA
Reconocimiento de Autoría y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—Amigo mio, le dijo, soy el hombre mas feliz.

—Pues qué os sucede? preguntó Cárlos; habeis despertado ministro, duque y par? Habeis encontrado esta mañana un millon debajo de vuestra almohada, ó ganado algun castillo de Alemamia?

—Mejor que todo eso: me veo libre de mi mugar.

—Gran Dios! Ha muerto!

—Ca! Se ha pronunciado la separacion.

Hubiera sido curioso observar la impresion tan opuesta que causaba la misma muger en aquellos dos hombres; el uno hubiera bajado al infierno para buscarla, y el otro para huir de ella. Tal es el mundo: la esencia que á mí me gusta, da jaqueca á mi vecino.

—Calista, añadió Enrique, acaba de emprender un viage muy largo: va á reunirse con su padre al pie de los Pirineos.

—Huye de mí, pensó Carlos; y suspiró profundamente.

—Mi dicha seria completa, si Berta no hubiera marchado á Nápoles. Daria cuanto hay en el mundo para poderla seguir. Se dice ademas que las napolitanas son hermosas; que tienen un poco de su sol en sus negros ojos, y un poco de su volcan en el corazon.

—¡Nápoles! dijo Carlos que no pudo reprimir un grito de alegría..., y pensais ir á aquella ciudad?

JUNTA DE ANDALUCIA
Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

—Me lo impide un pequeño inconveniente; no tengo dinero, estoy arruinado y para ponerme en camino y permanecer allí un par de meses, necesito quince mil francos.

—Necesitais quince mil francos! replicó Carlos con una espresion indefinible; yo los tengo y os los doy.

—¡Oh generoso, incomparable, sublime amigo! esclamó Enrique tomando la cartera.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife.
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

VI.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Habia trascurrido un año: los salones de la señora de Lircas estaban llenos de elegantes, de coquetería, de orgullo, de placer y de fastidio. Era una reunion heterogenea, compuesta de sabios que hablaban de historia nacional, griega y hebrea, y cuyos retrogados trages atestiguaban un amor, decidido por lo antiguo; de jóvenes que miraban las diosas de aquel templo del deleyte, y que, al parecer, se ocupaban de estudios modernos.

El sarao estaba en su apogeo, formados

los grupos y la murmuracion en su punto, cuando un criado anunció al señor y á la señora de Sirmiane. Calista entró en el salon apoyada en el brazo de Carlos.

—Son los recien desposados, digeron casi todos los concurrentes, es el joven mas generoso del siglo XIX.

—¡Qué cara tan espresiva! añadió una señora; merece ser feliz; ha sido tan sublime la conducta que con su difunto rival observó... Está interesante.

—No se puede negar, replicó su vecina, que su fisonomia es muy noble.

—Y muy bella su señora, añadió un joven que las escuchaba.

—Toda su belleza consiste en los diamantes que lleva.

—Conoceis, decia la señora de Lircas en otro angulo del salon, el último rasgo de generosidad del señor de Sirmiane?

Preguntabalo con tanto interes como hubiera preguntado si habian leido la última novela de un autor de moda; era elegante ocuparse de Carlos; su vida interior se habia puesto en circulacion.

—Tendria mucho gusto en conocerle, contestó el agente de negocios á quien ella se dirigia.

Es el caso que Enrique de Hersin estaba poco menos que arruinado, añadió la señora de Lircas, cuando se le ocurrió el hacer un

viage á Nàpoles; necesitaba quince mil francos, y el señor de Sirmiane se apresuró á dárselos.

Qué generosidad! esclamaron cuantos oyeron lo que la señora de Lircas acababa de decir.

Efectivamente era una accion generosa; pero ignoraban que antes de prestar aquella suma, habia recibido Cárlos por estraordinario una carta de un napolitano, en la que le decia que el cólera hacia los mayores estragos en Nápoles.

Veinte dias despues, murió Enrique de aquella enfermedad.

Esto no fué un obstáculo para que en lo sucesivo se considerase á Cárlos como el tipo del hombre virtuoso y desinteresado; porque el mundo no ve mas que las acciones; su mirada se detiene en la epidermis, y no penetra nunca hasta el *fondo del alma*.

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Museo Casa de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

FIN DEL FONDO DEL ALMA.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

PARA LO QUE SIRVE

LA VIRTUD.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Para lo que sirve la virtud.

I.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Era la pareja mas linda que se pudiera encontrar. Luisa, bella y graciosa, tenia uno de aquellos rostros espresivos que á primera vista causan mil lisongeras impresiones, y que dejan un recuerdo vago y agradable despues de que ya no se los vé. Federico Darney, su marido, era lo que comunmente se llama un hombre bonito; su fisonomía, sin ser hermosa por naturaleza, guardaba una armonía admirable en todas sus partes; su frente era espaciosa, y dos cejas negras perfectamente dibujadas coronaban sus lánguidos ojos azules;

sí, era una pareja encantadora, y en sus semblantes se veia dibujada una espresion tan marcada de felicidad, una confianza tan dulce en el porvenir, que todos los miraban, que todos les sonreian, como si hubieran querido manifestarles la satisfaccion y el placer que su dicha les causaba.

Un año hacia que Darney se habia casado, y en aquel intérvalo disfrutó de todos los placeres que son consiguientes á un enlace, en que los intereses estan de acuerdo con el corazon. Darney amaba tiernamente á su esposa y nada negaba á sus deseos; todos sus caprichos quedaban al punto satisfechos, ninguno de sus gustos encontraba resistencia y en los paseos, en los teatros, en las tertulias brillaba entre todas sus rivales, y su marido creia recompensados todos aquellos cuidados cuando ella se sonreia.

Ninguna nube habia oscurecido todavia su orizonte; ni una sola vez habia desaparecido la sonrisa de los hermosos lábios de Luisa: pero toda felicidad humana tiene su término, y la graciosa jóven debia esperimentarle.

Una noche estaba ya vestida para ir á un sarao que daba la señora de Riancourt, antigua amiga de su madre, y viendo que su marido no iba á buscarla segun tenia de costumbre, pasó algo incomodada á su despacho. Mucha fué su sorpresa al encontrarle envuelto en una prolongada bata, sentado en

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERÍA DE CULTURA

su bufete y muy ocupado en unas cuentas que ella no pudo entender, à pesar de haberlas recorrido con la vista.

—¿En qué estás pensando, Federiço? esclamó Luisa; son las diez ya, ¿te has olvidado del baile?

—No, querida, contestó Darney, sonriéndose y atrayéndola hácia sí; pero estoy muy ocupado, y pensé que quizás me sacrificarias ese placer..... Viendo que se ponia séria, continuó: pero no; soy injusto, estás demasiado hermosa para que sea yo el único que tenga el gusto de admirarte; vé, Luisa mia, vé pues á ese sarao; diviértete, sé feliz; yo me quedo para ocuparme de tí y de tus placeres.

Luisa se desesperó, rabió y juró que no iría sola á casa de la señora de Riaucourt. A esto se siguió una escena conyugal que debia destruir algunas risueñas ilusiones; y sin embargo, una hora despues se hallaba la señora de Darney en el baile, rodeada de un círculo de adoradores, y envidiada de todas las mugeres que luchaban inútilmente contra ella.

Desde aquella noche se acostumbró Luisa á ir à las tertulias y á los teatros sin su marido; la acompañaba la señora de Riaucourt, y su sobrino Alfredo, era su caballero.

Y mientras que la jóven se abandonaba á la seduccion del placer, el señor de Darney procuraba prevenir el desórden que gastos escesi-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

vos podrian introducir en su fortuna. Luisa no advirtió el sacrificio que su marido hacia, ni comprendió la tristeza involuntaria que de él se apoderaba. Federico no renunció por eso á su generosa resolucion, y siguió privándose de sus gustos, para conservarle aquella felicidad de que él no gozoba.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

II.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

El esposo de Luisa se vió en la necesidad de hacer un viage á Normandía para vigilar de cerca la ejecucion de mejoras urgentes en una hacienda considerable que representaba la mayor parte de sus bienes. Durante aquel tiempo se cansó Luisa de todas aquellas fiestas que habian fijado su atencion, sus triunfos por ser muy fáciles y demasiado repetidos, cesaron de deslumbrarla y se encerró en su casa, donde solo recibia á algunos amigos. Pero se fastidió tambien de la soledad, como se habia fastidiado del bullicio y de la sociedad; y para

llenar el vacío de su alma, se dedicó á la lectura de novelas modernas. Algunos de nuestros autores le trastornaron la imaginacion con sus místicos pensamientos y con sus vagos y religiosos delirios; y muchas veces lloró por algunas heroinas que mueren, pobres flores olvidadas, despues de una vida de resignacion, de sacrificios y de profundos y desconocidos dolores.

Una mañana se levantó persuadida de que era la mas desgraciada de las mugeres. Su alma se habia engrandecido, y dirigido sus miradas á otro mundo, mundo aparte, mundo excéntrico. Pensó que debia sufrir en silencio; su corazon no era conocido, y su amor no podia ya humillarse hasta el amor prosáico de su marido.

Su alma estaba aislada en la tierra sin que otra alma oyese sus quejas y la consolase: sus mejillas palidecieron, la sonrisa abandonó sus rosados labios, sus ojos perdieron el brillo y se cubrieron con un velo de mortal languidez, volvióse distraida y preocupada y sus palabras llenas de amargura, de tristeza y de desaliento revelaban que ella padecia, y todos creyeron que motivaba sus penas la ausencia demasiado prolongada de su marido.

Sucediéronse los dias á los dias, y los meses á los meses. Una mañana, recibió carta de Darney y en ella no le hablaba todavia de su regreso.

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

—Es feliz! dijo con amargura..... ¡Está tan tranquilo!..... ¡Sus cartas me hacen daño!..... y la llama devoró la que en la mano tenia.

Al cabo de una hora recorria otra en medio de la mayor turbacion; el papel era color de rosa, y dos lágrimas habian borrado otras tantas; terminaba asi:

"..... La vida ó la muerte os pido, señora.... Si esta noche concurris al baile de mi tia, mi felicidad no tendrá límites! Os habreis compadecido de un desgraciado á quien estravia un fatal amor; habreis conocido que es tiempo de borrar con una hora de placer un siglo de tormentos!..... ¡Si supieseis, Luisa, cuánto he padecido en seis meses!..... Venid, venid esta noche; os lo suplico en nombre de lo que en mas estima teneis. Si rechazais á un insensato capaz de todo..... hasta de cometer un crímen, mañana me pisareis en el umbral de vuestra puerta!..... No me hableis de deberes, no estoy en estado de oiros..... me abraso..... deliro..... Luisa! Luisa! vuestro amor..... vuestro amor ó la muerte.

Alfredo de Riancourt."

Un criado anunció una visita, y la trémula Luisa ocultó en su seno la carta que acababa de leer.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

III.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

A las nueve de aquella misma noche la señora de Darney habia acabado ya su tocador; el temor..... ó la felicidad animaban su lindo semblante, y cuando su doncella le hubo abrochado el rico collar de diamantes y dirigido ella una mirada de satisfaccion al conjunto de su hermoso traje, consultó la péndola.—Las nueve no mas, murmuró..... y el baile no empieza hasta las diez..... Si entrase en el salon estando desierto, ningun efecto produciria..... y ademas ¿para qué tanta prisa?..... Volvióse á su doncella y le dijo: Que esté el coche para

las diez, te llamaré cuando vaya á salir, pero no entres sin orden mia.

Y cuando estuvo sola se recostó en los mullidos cojines de un sofá, apoyó en su blanca mano su hermosa cabeza, y soñó con el paso que iba á dar; se acordó de su marido, pero su corazon encontró admirables argumentos contra el remordimiento.

—¡Oh! ¿por qué ha rechazado mi amor?... ¿por qué me dejó sola en el mundo, sin apoyo y sin defensor?..... ¿Por qué tanta frialdad cuando yo queria amarle?..... El, él solo ha destruido los encantos de nuestra vida. ¿Tengo yo la culpa acaso de que mi alma no haya podido humillarse hasta ese amor metódico y helado que tan facilmente se acomoda, para no incomodar á nadie?..... Y ademas ¿qué podia hacer yo, débil muger, contra el amor ardiente de Alfredo, contra esa pasion abrasádora que vence todos los obstáculos, y cuando no, se apaga consumida por su propio fuego? ¡Oh! ¡Asi queria ser amada!..... ¿Qué importa el peligro? La felicidad que se esperimente despues será mayor..... La muerte no se presenta horrorosa á quien sabe amar..... La muerte..... la veré venir sin temblar..... porque soy feliz; encontré el alma que la mia buscaba..... soy feliz!

Inclinóse su cabeza, risueños fueron entonces sus pensamientos y la sonrisa apareció de nuevo en sus lábios; dos meses habia luchado

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

y padecido, y cuando estaba á pique de precipitarse en el abismo, despues de haberse justificado á sí misma de un crimen cuya profundidad no se atrevia á sondear, se creyó feliz..... Sus ojos se cerraron..... la imágen de Alfredo se colocó delante de ella..... y ella se quedó dormida.

Tranquilo era su sueño como el de los ángeles; su frente permanecia blanca y pura como la del niño que por la noche recibió el beso de su madre..... dormia, desfallecida por los combates interiores, por la lucha que la pasion sostenia con el deber; dormia mecida en la ola que debia sumergirla..... Dormia en fin.....

La péndola dió las once y dormia todavia.

Una hora despues doce campanadas se sucedieron lentamente sin que ella hiciese el menor movimiento.

Despertóse en fin á la una.

Deslizóse su hermosa mano por sus cabellos á riesgo de destruir su elegante peinado... acordóse de repente de Alfredo y del baile, dió un grito al ver el fatal horario que habia andado con tanta rapidez, tiró del cordon de la campanilla, y algunos minutos despues entró en los salones de la señora de Riaucourt.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

IV.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Cuando entró en el baile, nada divisó Luisa, porque el resplandor de las luces la deslumbró; acercóse temblando á la señora de Riaucourt, y era tan violenta la emocion que esperimentaba, que no se atrevió á levantar los ojos para buscar á Alfredo. Despues de haber pasado la última barrera, un tardío remordimiento se habia apoderado de su alma; abandonóla el valor, se avergonzó de su falta, su frente se cubrió de rubor y bajó la cabeza para sustraerse á las miradas que le dirigian los concurrentes, como si temiese que penetráran su pensamiento.

Poco á poco fué tranquilizándose, levantó tímidamente los ojos, pero no vió á Alfredo. Helóla entonces un temor terrible; de nuevo se borraron los remordimientos y la vergüenza, y las mas crueles congojas los reemplazaron; sufria horriblemente, y sin embargo debia ocultar sus padecimientos; ademas, le quedaba alguna esperanza, aun podia llegar. Pero sucediéronse las horas y no pareció. La desgraciada Luisa conocia que las fuerzas la abandonaban: arrastrabanla en medio de las cuadrillas, y ella obedecia sin ver y sin oir; parecíole que el suelo se abria debajo de sus pies, miles de luces jugueteaban delante de ella, un ruido estrepitoso fatigaba sus oidos, se ahogaba, se moria!.... La palidez cubrió su semblante, flaquearonle las rodillas, secaronse sus ojos, y la rodearon cuantos cerca de ella estaban.

—No es nada, murmuró..... un vahido..... No es nada, pero no puedo bailar.

Insensiblemente fueronse quedando desiertos los salones: las jóvenes tan hermosas y tan llenas de atractivos unos momentos antes, desaparecieron como las hojas de las flores que el viento arranca y dispersa; los coches se alejaban rápidamente, y la triste Luisa permanecia inmóvil en su asiento, mirándolas marchar á todas, y no teniendo bastante fuerza para seguirlas.

La señora de Riautourt se acercó á ella:

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.E. Monumental de la Alhambra y Generalife

—Estais desazonada, hija mia: mucho os agradezco que hayais venido, pero sentiria en el alma que con este motivo os hubieseis puesto mala.

—Nada de eso, señora, contestó Luisa haciendo un esfuerzo para sonreirse.

—Será preciso que os riña, replicó la señora de Riaucourt con amabilidad, vuestra melancolia inquieta á todos vuestros amigos: esta noche se lo decia á Alfredo.

—Luego ha venido! dijo la señora de Darney con voz ahogada.

—Sí, pero estuvo poco tiempo; casi, casi, le eché; tenia una cara que asustaba á todas mis convidadas.

—Oh! Dios mio!

—¿Qué decis?..... Estais tan pálida!

—Sufro..... sufro mucho; permitid que me retire..... no puedo permanecer aqui por mas tiempo.....

JUNTA DE ANDALUCIA
C.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Una hora despues, estaba Luisa en su casa; luego que entró en ella se sentó en una silla, donde permaneció inmóvil por espacio de tres horas.

—Infeliz! infeliz!..... me aguardó..... y marchó desesperado..... se matará! Dios mio, concededme la gracia de que muera yo tambien!

¡Horrible dia fué el que siguió á aquella fatal noche, dia de angustias y de tormentos! Al menor ruido esperimentaba Luisa un estremecimiento nervioso, y una fiebre ardiente

la devoraba. Si sus ojos se cerraban un momento, volvíanse luego á abrir dando ella un grito espantoso..... se le figuraba ver el cadáver ensangrentado de Alfredo.

Veinte veces, buscando un vislumbre de esperanza, tomó la pluma para escribirle, pero la detuvo un sentimiento de pudor, un recuerdo de su marido, cuyo honor iba á comprometer.

Pasóse la noche sin que pudiera encontrar una hora de descanso..... ni tampoco llorar.

A las once del dia siguiente entró la señora de Riaucourt en su habitacion; Luisa se levantó, y al ver el descompuesto semblante de la tia de Alfredo, cayó de nuevo en su silla, sin proferir una sola palabra.

—Ah! hija mia, dijo la señora de Riaucourt, sin reparar en su turbacion; vengo á buscar á vuestro lado alivio á mis penas, vengo á que me consoleis; me ha sucedido una gran desgracia!

—Me asustais, señora, balbuceó Luisa.

—Ya sabeis cuanto queria á Alfredo, ya sabeis que le miraba como si fuera hijo mio: tenia ya tratado su enlace con una señorita de las familias mas nobles, y dentro de algunos dias debia firmarse el contrato..... pero todo, todo se acabó, gracias á una loca pasion indigna de él.

Luisa la miraba con sorpresa:—¿todo se acabó, decís?

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

—Si..... No sé lo que me pasa..... Alfredo está herido de gravedad.

—¡Herido!

—Un desafio; una bala le ha fracturado el braso.

—¿Un desafio?

—Sí, hija mia. Daria la mitad de mis bienes para que no se supiera este incidente, pero en París ya no se habla de otra cosa: el casamiento se ha malogrado, ¡y qué casamiento!

—Pero, señora..... ¿quién ha ocasionado ese lance?

—Una bailarina de la ópera!!!

Ocho dias despues, se reunió Luisa con su marido, pasó el verano en Normandía, y el invierno regresó á París mas fresca y mas hermosa que nunca. Muy pocas veces se la vió sin el señor de Darney; con frecuencia encontraba en las reuniones á Alfredo de Riaucourt, devolvíale el saludo, y con una sonrisa tranquila, y apoyándose en el brazo de su esposo, se alejaba, sin dejar en pos de sí ni un pensamiento, ni un pesar.

FIN DE PARA LO QUE SIRVE LA VIRTUD.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

LA MALDECIDA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

La Maldecida.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

El pueblo de Inglaterra es quizás el menos dispuesto á conmoverse. La noticia de un acontecimiento, que en cualquier otro pais alarmaria una poblacion entera, rara vez penetra hasta el hogar domèstico, y en todo caso nunca turba la tranquilidad. Hay sin embargo una circunstancia en que un vivo sentimiento de curiosidad remplaza á esa indiferencia, y es la de anunciarse un asesinato, sobre todo cuando presenta un carácter bien pronunciado de audacia y crueldad. El culpable y su crímen son el objeto de todas las conversaciones, y los esplotan de todos modos los periodistas, autores dramáticos y pintores. Los que no se

contentan con esos detalles acorren para ver por sus propios ojos la navaja ensangrentada, ó la pistola instrumento del asesinato, encontrado en un camino desierto, ó en la orilla de un estanque de cristalinas aguas. En fin, cuando el asesino ha pagado su tributo á la justicia, los aficionados á curiosidades conservan en sus gabinetes todo cuanto puede recordar á la posteridad aquel gran personage, desde la silla en que se sentó meditando por la primera vez acerca de su crímen, hasta la cuerda fatal què ahogó su postrer suspiro.

Despues de haber manifestado estos sentimientos cuya moralidad apreciará el observador filosófico, manifestaremos á nuestros lectores, que circuló en Lóndres, hace años, la noticia de un horroroso asesinato. La justicia se habia apoderado del culpable, ó por mejor decir, del que graves sospechas designáran como á tal. Sin embargo, ninguna prueba existia, y despues de muchos interrogatorios, decidieron los magistrados que se le pusiese en libertad.

La víspera de este dia, fué à visitarle una jóven en la cárcel. Su hermosa cara anunciaba las penas que devoraban aquel corazon; sus vestidos eran los de la última clase del pueblo; pero por sus modales y lenguage facilmente se adivinaba que aquella condicion no habia sido siempre la misma. Parece que à consecuencia de desgracias sin cuento, careciendo de todo

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
C. Monumental de la Alhambra y Generalife

recurso, se habia decidido á casarse con aquel hombre sobre el que pesaba una acusacion criminal. No habrá necesidad de decir que no era ni el amor, ni la piedad lo que cerca de él la conducia. Acababa de saber que le habia engañado infamemente; aquel miserable tenia otra esposa. Despues de una acalorada esplicacion, se irritó contra ella en términos que la golpeo, la pisoteó y hasta la amenazó con la muerte; la infeliz pidió socorro, y en el esceso de su resentimiento soltó algunas espresiones que fueron recogidas por los testigos de aquella escena, y en las que acusaba á su marido como á autor del crímen que se le atribuia. De nuevo empezaron las pesquisas contra Blak (asi se llamaba el acusado), y Marta, su esposa, fué detenida, á fin de obtener declaraciones positivas.

Los esfuerzos de los magistrados y de los ministros de la religion fueron por mucho tiempo inútiles; pero un dia, como si el horror se hubiese apoderado de su alma al recordar el crímen cuyo castigo pedia la justicia, ó bien fuese que su corazon, puro en otro tiempo, tuviera necesidad de aliviarse del peso que le oprimia, se puso de rodillas, y con las manos juntas, bañados los ojos en lágrimas y atestiguando de su inocencia con el cielo, declaró que su marido habia cometido el asesinato, y que ella habia hecho los mayores esfuerzos para salvar la víctima.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Esto bastó para decidir la conviccion del jurado en cuya presencia se rectificó Marta en lo dicho. Al dia siguiente las puertas de la cárcel se abrieron: Blak marchó á la muerte, y Marta salió en libertad.

Pero que libertad! su declaracion que habia conducido á su marido al cadalso, la convirtió en objeto de odio y de desprecio. En semejantes casos se forma muy pronto la opinion pública. Los primeros dias que estuvo Marta en la cárcel, recaian en ella algunas sospechas de complicidad; pero despues de su manifestacion todos creyeron que era la única culpable. Animado Blak con esos rumores, le atribuyó todo el crímen, y hasta en el mismo cadalso renovó tan odiosa acusacion. El populacho inclinado siempre á recibir toda clase de impresiones, entregó desde aquel momento á la execracion el nombre de Marta Blak.

El sacerdote que habia asistido al criminal en sus últimos momentos fué el único que dudó de su sinceridad. Le habia visto morir insensible á sus exortaciones, y con el corazon lleno de odio y de turbacion. Pero esta duda ningun socorro podia prestar á la desgraciada Marta, porque la turba que la habia sentenciado, se sublevaba contra ella, furiosa y desapiadada. Habíase refugiado al salir de la cárcel en un arrabal de la ciudad; pero los gritos del populacho reunido delante de la puerta no tardaron en helar de espanto la caridad que

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

la habia recogido. Se vió arrojada á la calle, abrumada de injurias y de malos tratamientos hasta que, echada de la ciudad, la abandonaron moribunda en la orilla de un foso. Alli al menos, encontró el sosiego! Pasó acaso por su lado alguna buena Samaritana? No. Los que la habian visto en las calles vecinas, acudieron á su vez, y Marta, echada de nuevo, se vió en la necesidad de huir á la inmediata parroquia, donde algunos hombres menos crueles la salvaron de las manos de sus perseguidores.

La misma acogida tuvo en todas las partes donde esperaba encontrar un asilo, un sitio en que respirar. El terror que ella infundia la precedia como una llama ardiente; y mucho antes de que llegase á una ciudad, villa ó aldea se la esperaba ya. Con dificultud se creerá, á no ser que se tenga conocimiento exacto de las costumbres del pueblo inglés, el bárbaro encarnizamiento con que unos la rechazaban y el terror supersticioso que con su presencia esperimentaban otros, como si consigo llevàra la maldicion del cielo.

Existia sin embargo una humilde morada cuyos habitantes abrigaban sentimientos mas humanos; era la de un labrador llamado Beltran, ya entrado en dias, que habia abandonado su pais natal para establecerse en una aldea del condado de Surrey, con su muger y una hija de doce años. Poco despues de su estable-

cimiento murió su esposa consumida por un violento pesar. Esta muerte y el dolor que la causó habian dejado en el rostro de Beltran la indeleble espresion de una profunda melancolia. Vivia retirado; trabajaba á jornal, y pasaba los dias festivos con su hija, evitando todo trato con sus vecinos, quienes veian en él un hombre poco sociable, pero bueno, y acabado á causa de profundos pesares, que respetaban sin conocerlos.

Esta morada fué en la única en la que el anuncio de la próxima llegada de Marta Blak no alteró la tranquilidad. La niña Sara notó que su padre no habia añadido la menor palabra á las alarmantes relaciones de las comadres, ni tampoco á las de los compadres, no mas tranquilos que ellas; observó tambien que no se habia conmovido cuando le aconsejaron amigablemente que no dejase salir à su hija, y que se colocase á la puerta, como sus vecinos, armado con un palo á fin de impedir que la perversa Marta entrase en su casa, tanto mas cuanto que el rio que corria á poca distancia de su cabaña, era el límite de la parroquia, y probablemente llegaria por aquel lado.

Pocos momentos despues salió Beltran á su trabajo dejando muy inquieta à la jóven Sara, la que se propuso correr el cerrojo de la puerta al menor ruido que oyese. Ocupóse en seguida en los quehaceres domésticos, y se es-

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

tremeció al recordar que debia ir por agua al rio, donde tal vez encontraria à Marta. Juzgó imposible esponerse á tanto peligro; pero necesitaba agua para preparar la comida de su padre, y despues de haber dirigido una corta pero ferviente súplica á Dios para que la preservase de toda desgracia, tomó el cántaro, y se encaminó al rio.

Habia ya andado unos cien pasos, cuando se le figuró oir á lo lejos una confusa gritería. Detúvose para escuchar, y como el ruido se acercaba, regresó corriendo á la cabaña, en cuya puerta encontró á su padre que la estaba aguardando. Sorprendido este al verla trémula y agitada, y con el cántaro vacío, le tomó cariñosamente la mano, diciéndole:

—Adivino, Sara, lo que tienes. No te atreves á ir al rio, porque temes encontrar á Marta Black.

Sara se echó á llorar. Su padre continuó:

—¿Por qué temes á esa muger?

—No la temo tanto como la odio, replicó Sara.

—¡La odias, hija mia!.... ¿Qué daño te ha hecho? ¿has olvidado que Dios manda, que amemos á nuestro prójimo?

—Pero no al perverso.

—Si, hija mia, debemos amarle y compadecerle, aunque aborrezcamos el delito que cometió. ¿Pero quién te ha dicho que Marta sea criminal? Sus jueces la han absuelto por

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERÍA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

inocente, y son mucho mas sábios que esa turba ciega que la acusa. Vé, pues, á buscar el agua que necesitas y ten valor. Aqui te aguardo.

Tranquilizada Sara con las palabras de su padre, enjugó sus lágrimas y se encaminó al rio.

Los clamores que un momento antes sembraron el terror en su corazon, se oian mas cerca. Subió á una colina desde donde divisó un gentío inmenso que, dando espantosos gritos, se dirigia bácia donde ella estaba. Era Marta á quien hombres, mugeres y niños perseguian tirándola piedras y lodo á la cara. La fatiga y el terror habian desconcertado el semb'ante de aquella infeliz muger, tenia los ojos desencajados, los pies descalzos é hinchados, y de sus vestidos conservaba solo algunos andrajos.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERÍA DE CULTURA

En esta forma llegó al rio, perseguida siempre por la turba que se empeñó en que le atravesara; Marta vaciló, y los mas osados, levantándola entonces en alto la arrojaron al agua, á pesar de sus súplicas y lastimeros gritos. El espanto reanimó sus agotadas fuerzas: un esfuerzo desesperado la llevó á la orilla opuesta y desapareció entre un bosquecillo que allí cerca habia. A poco rato se retiró la turba dando ahullidos de alegría, y Sara se quedó sola sobrecogida á la vez de piedad y de terror.

La pobre niña se apresuró á llenar su cántaro y marchaba ya precipitadamente á reunirse con su padre, cuando al pasar cerca del bosquecillo oyó unos gemidos ahogados. Dirigió la vista hácia aquel lado, y divisó á la desgraciada Marta, tendida en el suelo, con los ojos levantados al cielo é hinchado el pecho de sollozos convulsivos. Sara habia formado una idea muy poco ventajosa de aquella desgraciada; creia que era una fantasma horrorosa, asi es que fue mucha su sorpresa cuando acercándose vió á una jóven hermosa aun y cuya fisonomía, á pesar de la palidez de muerte que la cubria, llevaba el sello de la bondad; nada indicaba en ella los dos crímenes de que la acusaban la perfidia y el asesinato. Algo mas tranquila acercóse á Marta, que haciendo un esfuerzo violento se puso de rodillas y le dijo:

—Perdon! piedad! hija mia; salvadme de ellos; salvadme tan solo esta vez. Pueda yo respirar un dia, una hora.... quiero morir aquí; no les digais donde estoy. Sois jóven, inocente, sereis tambien buena?

—Y si yo soy buena, no sois vos mala?

—N ! replicó Marta con una vehemencia que parecia el último esfuerzo de la naturaleza moribunda; no; soy inocente! No merezco mi horrible suplicio, al menos por el delito de que se me acusa. Mi crimen está en haber desobedecido á mis padres, en haberlos

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERÍA DE CULTURA

deshonrado, abandonado; mi desesperacion la motiva no saber á donde ir para implorar su misericordia, porque yo los obligué á espatriarse. Pero.... silencio!.... no ois?.... Oh! perdon! no me descubrais.

—Nadie viene, respondió Sara, pero aguardad un momento.

Y marchó en seguida á referir á su padre cuanto aquella jóven le habia dicho.

—Vuelve á su lado, dijo Beltran à su hija con voz conmovida. Pregúntale que apellido lleva y cual es el pueblo de su nacimiento. Díle que no tema depositar en tí su confianza: y llevale tambien algunos alimentos. Infeliz! tal vez no se habrá desayunado hoy!

Sara ejecutó con interés lo que su padre le habia mandado, y cuando regresó á su casa le encontró llorando y puesto de rodíllas delante de una imagen de la virgen. Luego que la vió se levantó enjugándose las lágrimas, y cuando supo que la jóven se llamaba Mary VVare, y que habia nacido en una aldea del condado de VVarvick, cayó en una silla cubriéndose la cara con las manos.

—Infeliz de mí, dijo, sollozando: mis presentimientos no me habian engañado; era ella! Qué delito he cometido, Dios mio, para que asi me castigues?

Asustada Sara al ver el desconsuelo de su padre, le prodigó mil caricias sin atreverse á preguntarle cual era la causa de tanto pesar.

El anciano adivinó los deseos de su hija y quiso satisfacerlos.

—Hija mia, le dijo cariñosamente, ha llegado el momento en que debo revelarte un secreto, que creí pudiera ocultarte para siempre. Antes de retirarme con tu madre á esta aldea, teniamos otra hija, que era nuestro orgullo, nuestro amor, y su sin par hermosura formaba el encanto de nuestros ojos. Nada escaseamos en su educacion, porque entonces eramos ricos; pero nos abandonó, y yo, en el esceso de mi desesperacion, de mi furor..... El cielo la ha castigado con demasiada severidad, yo la perdono. Y luego era tan jóven y le tendian tantos lazos!.... El que me robó mi hija, habia prometido casarse con ella, y la abandonó despues de haberla deshonrado: esto es cuanto hasta ahora he sabido de tu hermana. Creia ya que había muerto!.... Su pobre madre no la verá.... Yo solo participaré de la vergüenza y de la alegría de su regreso.

—Luego, dijo Sara, pálida y trémula, Marta Blak es.....

—Tu hermana, hija mia. No te avergüences de llamarla tal, si está arrepentida.

—No padre mio, la compadezco y la amaré. Pero seguidme si os lo permiten vuestras fuerzas. Apresurémonos á conducirla aquí; la ocultaremos y la defenderemos.

El anciano se levantaba para seguir á Sara,

cuando oyeron muchas personas que se acercaban á la cabaña. Sara se estremeció acordándose de su hermana, pero se disiparon sus temores al ver entrar á los dos inspectores de la parroquia, y á muchos vecinos de la aldea, precedidos por un anciano, cuyos vestidos anunciaban un eclesiástico.

—Habeis visto á Marta? dijo un inspector, dirigiéndose á Beltran.

—No temais confesarlo, añadió el ministro, que notó su turbacion. Lejos de acriminaros por haberla recibido favorablemente en vuestra casa, como creo, vengo á agradecéroslo. Es inocente.

—Inocente! esclamó Beltran, que apenas podia sostenerse, tal era la emocion que esperimentaba. ¿Estais seguro de lo que decis?

—Tengo de ello una prueba convincente. Yo ofrecí los últimos consuelos de la religion al miserable que por venganza la acusó, despues de haber sido sentenciado. Estaba bien persuadido de que él era el único culpable, y el tiempo que todo lo aclara ha manifestado que no me engañé. Hace algunos dias que un criado del verdugo me trajo un papel que encontró en los vestidos del criminal. Era el principio de una carta que dirigia á uno de sus cómplices, y que la pronta ejecucion de la sentencia no le permitió concluir. En ella se queja de las declaraciones de Marta, y manifiesta el pesar de no haberla sacrificado á su se-

guridad, despues de lo que ella hizo para oponerse á la ejecucion de su crimen. En fin, ese escrito, que obra ya en poder de la justicia, la justifica completamente; y vengo á sustraerla á los bárbaros tratamientos que sufre, y á ofrecerla todos los socorros que pueda necesitar.

—Los encontrará aquí, respondió el anciano en cuyos ojos brillaban el enternecimiento y la alegría. Esta es su casa.

—¿Sois pariente suyo?

—Soy..... su padre.

Despues de una sucinta relacion se dirigieron todos á donde Marta estaba. Sara que los habia precedido, salió al encuentro á su padre diciéndole: todo lo sabe y os aguarda; pero en nombre del cielo, apresuraos. Parece que va á espirar.

Avivaron el paso, y cuando llegaron al bosquecillo, vieron á Marta apoyada en el tronco de un árbol. Tenia los ojos cerrados, y permanecia al parecer insensible á cuanto á su alrededor pasaba. Su padre la abrazó sin que ella lo notára. Al cabo de un momento abrió los ojos y los clavó en el autor de sus dias. Hacia mil esfuerzos para hablar, pero su lengua estaba seca y sus blancos lábios se movian convulsivamente sin poderse unir; en fin, dijo con voz casi ininteligible:

—Padre mio..... una palabra..... una sola palabra vuestra.

—Dios te perdone y te bendiga asi como yo

lo hago, querida hija mia, dijo el anciano derramando copioso llanto.

Marta hizo un movimiento para contestar. Un rayo de alegria reanimó su fisonomía, y poco despues inclinó la cabeza.

—Acercaos, dijo el anciano al ministro, que inmóvil miraba aquella escena de dolor. Acercaos; tambien necesita vuestro ausilio: se muere.

El ministro se puso de rodillas, y todos rogaron. Marta comprendió cuanto á su alrededor pasaba; y el movimiento de sus lábios, indicaba que ella tambien rogaba. A poco se fué deslizando por el tronco del árbol, y cayó al suelo arrojando un profundo suspiro.

Ha muerto! exclamó el desgraciado padre, mientras que Sara dió un grito penetrante.

—Està en el cielo, respondió el ministro.

—Sí, en el cielo! Y pedirá por su padre que fué mas culpable que ella! Yo he sido la causa de todos los tormentos que ha sufrido. Yo, su padre, que atraje sobre ella la cólera de Dios. La habia maldecido!!!

FIN.

EL CASAMIENTO
DE
CRISTO.

Crónica del siglo 15.

I.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

¡Fuego! ¡fuego!.... en casa de Simon, calle de Taur..... Fuego!.... Tolosanos, socorred á vuestro hermano y san Estéban os ayudará.

Tal era el grito siniestro que en medio de la obscuridad de la noche recorria las calles de Tolosa. Los serenos llamaban á todas las casas despertando á sus tranquilos moradores, las patrullas acudian al sitio del incendio llevándose por delante á cuantos encontraban y el cabildo tocaba á arrebato como en los dias de calamidad pública.

Cuatro minutos despues la calle de Taur

estaba llena de gente, y al resplandor de las llamas que el fuego despedia, se veia el espanto dibujado en todos los semblantes. En vano pedian los soldados que se les ayudára; nadie se atrevia á dar un paso, tal era el estrago que el incendio hácia.

—Venga el abad de san Sernin, á echar su bendicion, esclamaban unos.

—Tráiganse las reliquias de la abadía, decian otros, solo del cielo hay que esperar socorro.

—Escuchad y obedeced, gritó con voz imponente un hombre cubierto con una túnica encarnada, guarnecida de armiños, y á quien precedia un escudero con la espada de la justicia en la mano. Era el capitular.

—Tolosanos; dijo: subiéndose en un poste, desde donde dominaba á toda la asamblea. Dios no ayuda al que no ayuda á su prójimo. La casa de un cristiano está ardiendo. Las llamas no tardarán en comunicarse á las habitaciones vecinas, el viento las empuja con violencia, y tal vez dentro de algunas horas toda la ciudad será presa de ellas. No perdamos momento, salvemos nuestros techos de la destruccion que los amenaza. Vuestro capitular os dará el ejemplo.

Y se perdió entre los soldados que llevaban agua á la casa que ardia. Muchos hombres del pueblo siguieron su ejemplo y trabajaron con ardor; las mugeres se postraron

R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

de rodillas, y entonaron un cántico divino; los mas tímidos pedian á voz en grito las reliquias y el abad de san Sernin.

En medio de la confusion y del espanto general, nadie habia reparado en un anciano que yacia en la puerta de la casa incendiada. El capitular le divisó, y cogiéndole en brazos le apartó del peligro. Tan pronto como el infeliz respiró el aire libre, recobró los sentidos, y considerando con desencajados ojos el estrago que el incendio hacia, esclamó con voz ahogada. ¡Mi hija!.... ¡Marta!..... ¡Mi hija está allí!... Era Simon, el dueño de la casa que las llamas devoraban.

—Allí está, allí..... y señalaba al piso segundo en el que el fuego no habia penetrado todavía. ¡Allí está! Una escala, una escala..... quiero salvarla.

Haciendo un esfuerzo violento, se arrancó de los brazos del capitular, pero sus lacerados pies no pudieron sostenerle, y cayó en tierra desde donde llamaba á su hija, é imploraba socorro. El pueblo contestaba á sus dolorosos gritos, con gritos de compasion; pero otra vez resonó la voz del Capitular que imponia á todos silencio.

—¡Una jóven va á perecer y nadie se atreve á salvarla!.... El cabildo ofrece cien escudos de oro al que arranque á Marta de los brazos de la muerte.

—Ofreced tambien mis bienes, todos mis

bienes, esclamó el anciano.—¡Infeliz!.... estaban allí!.... Nada poseo... ¡Mi hija!.... Mi hija morirá.

—Doscientos escudos ofrece el cabildo, repitió el capitular.

La muchedumbre seguia inmovil, miraba con estupor las llamas, y rezaba en voz baja.

—Indulgencia plenaria al que salve á Marta, dijo un sacerdote que en aquel momento apareció; indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados.

No bien llegaron estas mágicas palabras á los oidos del pueblo, cuando muchos hombres pidieron escalas para subir á la habitacion de la jóven.

¡El abad de san Sernin! ¡el abad de san Sernin!.... Era la voz general. Su bendicion su bendicion y el incendio se apagará.

El abad accediendo á los deseos del pueblo estendió sus manos hácia las llamas implorando de Dios, que las estinguiese.

Sublime estaba el sacerdote en aquel momento, bendiciendo al cielo. Su talla magestuosa, su noble y hermosa fisonomía su mirada apacible, aquella mitra de oro que rellejaba al resplandor del fuego y aquella voz de mansedumbre que se confundia con el ruido que hacian los maderos al caer, y con el crugir de las paredes, imponian al pueblo silencio y admiracion. Redobló el valor de los trabajadores, salpicó el agua con mas violencia

las llamas y estas se fueron amortiguando poco á poco. La palabra milagro corria de boca en boca y varios hombres rodearon al prelado, solicitando ser los primeros en subir para ganar la indulgencia plenaria. El capitular y el abad eligieron á los seis que les parecieron mas robustos y mas resueltos, y los animaron con sus promesas y con sus elogios. Los elegidos se encaminaron á la casa, apoyaron en sus paredes las escalas, y se arrodillaron para recibir la bendicion prometida. El abad la pronunció en medio del silencio religioso que la multitud de los espectadores hacia tan imponente. Los seis hombres se levantaron, y por segunda vez entonaron las mujeres sus cánticos. Rápidamente habian subido ya varios escalones, y se hallaban en el primer piso, cuando los hizo estremecer un ruido parecido al de las olas que el huracan levanta. Detuviéronse indecisos y confusos, clavando sus espantados ojos, ora en el pueblo que seguia animándolos, ora en aquella casa cuyos ladrillos amenazaban desprenderse de un momento á otro. Un horrible crujido sonó, abriéronse con violencia las ventanas, como una llubia de fuego cayeron de todas partes bigas encendidadas, y las llamas que por largo tiempo habian estado concentradas aparecieron de nuevo con mas fuerza en medio de una densa columna de humo. Los seis hombres se precipitaron de las escalas, refugián-

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

dose en medio del pueblo que se abrió para recibirlos.

A la vista de este espectáculo aumentaron los gritos del anciano, que aun permanecia en el suelo; y fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron el abad y el capitular para reanimar el valor y el fanatismo de los espectadores.

Las llamas empezaban á envolver la habitacion en la que se creia ver, á través del humo, á la desventurada Marta con los brazos sostenidos hácia su padre.

El anciano se arrastró hasta una escala, la apretó convulsivamente entre sus brazos, pero otra vez le engañaron sus fuerzas, y sucumbiendo al dolor, esclamó: ¡«Y ha de morir!»

—No: respondió una voz. La salvaré, si puede salvarla un hombre.

Lleno de admiracion y animado por la esperanza, buscó Simon con la vista al que habia pronunciado tan consoladoras palabras. Era una joven de aventajada estatura y de espresiva fisonomía.

—Apresúrate, le dijo el anciano, apresúrate, y si logro reparar mis pérdidas, ...

—El tesoro público recompensará tu heróica accion, añadió el capitular.

—Las indulgencias te asegurarán la vida eterna, replicó el abad.

—No quiero el oro del cabildo, ni las indulgencias de la iglesia. Hace tiempo que amo

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

á Marta, pero no podia aspirar á la mano de la hija del mercader mas rico de la ciudad, pues nada poseo; soy un pobre bachiller.—Simon, tu ruina me hace tu igual: ¿consientes en darme á Marta por esposa, si te la devuelvo?

—Tuya es; sálvala,

Antonio desapareció.

—Hermanos, pidamos á Dios que la salve, dijo el abad, mientras que el capitular animaba á los trabajadores.

Antonio penetró en la habitacion de Marta, la llamó á gritos y ella no respondió. Al llegar al sitio donde estaba su cama solo vió un monton de cenizas. En aquel momento gritó el pueblo, «La casa cruje..... se desploma..... huyamos.....»

Los soldados y los trabajadores abandonaron sus puestos y se reunieron á la multitud que arrastró á Simon, al abad, y al magistrado á la plaza del cabildo.

A poco sonó un ruido horroroso, el resplandor de las llamas se aumentó, pero luego tornó todo á la obscuridad y al silencio, y la casa de Simon quedó reducida á tristes escombros.

—¡Ha muerto! dijo el anciano, Antonio no habrá podido salvarla.

En efecto cuando el fatal incendio lanzaba las últimas pavesas. Antonio estaba sentado en el tejado de la casa inmediata, entregado enteramente á su dolor.

Patrimonial de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

El abad de san Sernin dispuso que se abriese una suscricion para indemnizar á Simon de las pérdidas que habia esperimentado.

Antonio recogió en su casa al anciano, que derramando copioso llanto, llamaba à gritos, ya á su hija, ya á la muerte.

—¿Qué decis, esclamó el jóven, hablais de la muerte, cuando veis que he sobrevivido á Marta?

—Tú no eras su padre; no podias amarla como yo la amaba, no puedes llorarla como yo la lloro.

—Si hubierais penetrado en aquella habitacion donde no se veia mas que fuego y humo; si hubieseis llamado á vuestra hija, y vuestra hija no os hubiera respondido, mas amargo fuera aun vuestro dolor..... Quise morir pero me acordé de vos..... conocí que necesitabais de mi apoyo.

El anciano Simon, contestó à Antonio con lágrimas y sollozos, y los dos se quedaron en profundo silencio. Una hora despues interrumpió sus reflexiones el sordo murmullo de un inmenso gentío que por momentos se iba aumentando.

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

II.

Empezaba á amanecer, y Antonio abrió la ventana del piso bajo en el que se encontraba con el anciano Simon. Un inmenso gentio avanzaba gritando descompasadamente: ¡*Milagro*! ¡*milagro ó infamia*! y el triste amante vió brillar la mitra del abad de san Sernin que marchaba en medio de la multitud, haciendo mil esfuerzos para contenerla. A los pocos minutos entró en la habitacion, seguida del prelado, una muger que se precipitó en los brazos del anciano, esclamando: ¡Padre mio! Era Marta, era su hija.....

P.C. Monumento de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Simon la miraba con inquietud, como el que duda de la felicidad que esperimenta; Marta pasaba su trémula mano por las heridas de su padre, para asegurarse de que estaban esmeradamente curadas; el abad permanecia inmovil, y las mas tristes reflexiones atormentaban la imaginacion de Antonio.

—¿Eres tú, eres tú hija mia? dijo al fin el anciano..... Abrazame otra vez; sienta yo tus lábios sobre mi frente, aprieten tus manos mis blancos cabellos, oiga yo latir tu corazon para que vea que existes, que eres tú, Marta, que eres tú, mi hija querida.....

El pueblo prorrumpió en nuevos murmullos, y el anciano preguntó con ansiedad que queria aquella turba que reprobaba al parecer el cariño que á su hija manifestaba.

Yo os lo diré, respondio Antonio, yo os lo diré puesto que la alegria de volver á abrazar á vuestra hija, tiene embotada vuestra memoria. Quieren saber dónde estuvo Marta durante el incendio..... por qué salió de la casa paterna en medio de las tinieblas de la noche; y á dónde fué..... Y tambien quiero saberlo yo, porque no creo en milágros ni tampoco creo que las reliquias y súplicas del abad de san Sernin la hayan resucitado. No estaba en su habitacion cuando penetré en ella á riesgo de perder la vida, no estaba porque hubiera muerto, y no es una sombra lo que se os aparece, no; es una cria-

tura viva, que se ruboriza, que baja los ojos y que nada contesta.

—Me ultrajais, dijo Marta.....

—Contestad pues, añadió Antonio en voz mas baja, contestad, porque todos los que aqui se hallan reunidos os creen culpable, y yo que os amo, que lo he dicho públicamente que os he pedido por esposa, preferiria recibir la triste nueva de vuestra muerte á oir á cada momento: pasó una noche fuera de la casa paterna y su padre lo ignoraba.

Martà hizo un movimiento que al instante contuvo á una seña del abad, pero Simon se incorporó en la cama, y mirando á su hija con aire severo,

—No te acuso, le dijo; pero aguardo á que hables para juzgarte; porque, despues de Dios, soy tu juez, y quiero saberlo todo. Lo que dirias en secreto à tu padre, debe oirlo esta gente, que te cree culpable, y es preciso que en su presencia te justifiques, ó que te acuses. Habla pues, lo quiero, lo mando, ¿dónde estuviste anoche?

—En la iglesia de san Sernin.

—¿Y á qué fuiste?

—No lo dirá! esclamó el abad, no lo dirá, ni á su mismo padre! Es un secreto entre ella y Dios; secreto que he conocido en el confesonario, y que ni ella ni yo podemos revelar.

—¡Siempre ese sacerdote! replicó Antonio con colérico acento.

JUNTA DE ANDALUCIA
BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

—Sí, respondió el prelado, el sacerdote que tiene derecho para defender á la que injustamente se acusa, el sacerdote, cuyo ministerio se estiende desde la iglesia hasta la presencia de aquellos que no quieren creer en su palabra, y sin embargo es hoy sincera, como lo es todos los dias. Declaro públicamente, que Marta estuvo anoche en la iglesia y que estuvo en ella para llenar un deber piadoso, que debe ocultar á todo el mundo.... ¿Crees, pueblo, lo que el ministro del señor asegura por su salvacion eterna?

—¡Es inocente! ¡es inocente! gritaron en todas direcciones. El abad de san Sernin lo asegura, y sus palabras son inspiradas por el cielo.

Y la multitud, cayendo de rodillas, pidió la bendicion del prelado; y el prelado se apresuró á satisfacer los deseos del pueblo mandándole despues que se retirara. Cerró inmediatamente la ventana, y volviéndose á Simon,

—Creyeron en mi juramento, le dijo, ¿creereis tambien en él?

Simon tendió la mano á su hija.

—¡Padre mio, esclamó Marta, cayendo en los brazos del anciano, vos ya no me acusais pero el!....

Y señalaba á Antonio en cuya fisonomía contraida estaba dibujada la mas violenta agitacion. Simon le hizo seña para que se acer-

case y quiso hablarle; pero las heridas y las emociones demasiado vivas que en tan pocas horas habia esperimentado agotaron sus fuerzas y cayó desmayado. Rodeáronle todos prodigándole mil cuidados, y pensando solo en el modo de preservar sus dias.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

III.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

La manzana de Tounis es la mas hermosa y mejor situada de cuantas componen la ciudad de Tolosa. Aislada en medio de aquella gran poblacion forma un barrio independiente cerca del risueño Puerto Garo. El fresco que corre en las márgenes del Garona tempera el calor del ardiente cielo del medio dia; una inmensa arboleda forma varios paseos tortuosos á la orilla del agua, y ricas manufacturas se elevan por do quier. Allí se oyen los alegres cantos del barquero, allí se admiran los productos de las artes, y allí por fin

el amante reclina la cabeza en el seno de su amada, ocultando al mundo su felicidad. En aquel sitio encantador se edificó por orden del capitular y del abad de San Sernin, una casita para el anciano Simon, quien restablecido ya de sus heridas, daba todas las tardes un paseo por el jardin apoyado en el brazo de su hija; y á medida que iba recobrando la salud, la infeliz Marta iba perdiendo el color, que en otro tiempo hermoseára sus mejillas. Una mortal palidez arrugaba su frente de diez y seis años, y cristalinas lágrimas se desprendian de vez en cuando de sus lánguidos ojos. Debilitado por la edad y por las desgracias, no reparó Simon en el cambio total que su hija habia esperimentado, pero no se le ocultó á Antonio, y se resignó á devorar en silencio el dolor que le causaba.

Una noche se sentó la triste jóven á la orilla del agua, y á poco rato se le acercó su amante, suplicándole que le oyese.

—Mucho tiempo hace, le dijo, que os veo padecer y no me atrevo á preguntaros la causa de vuestros padecimientos. Pero se acerca el momento en que no debeis tener ningun secreto para mí... Vuestro padre ha fijado ya el dia de nuestro enlace, y temo que ese dia..... se detuvo al ver que de los ojos de Marta caia copioso llanto.

Siguióse un corto silencio.

—No vine con ánimo de afligiros, añadió

Antonio.. os obstinais en callar, no volveré á preguntaros.. y dió algunos pasos para retirarse.

—Quedaos, quedaos, que si vos quereis hablarme, tambien quiero yo hablaros.. y hace mucho tiempo.

=Preguntadme, mi corazon os contestará.

=Púes bien! decidme: ¿mi ausencia durante la noche del fatal incendio no os atormenta todavia? ¿Creisteis en las palabras del abad de San Sernin?

—No. Quise creer en las vuestras, porque para mí sois mas sagrada, mas santa, mas venerable que ese abad que el pueblo adora y que en vida canoniza. No le creí cuando pretendió que una hija tenia secretos para su padre! y os creí cuando me repetisteis: "Estuve orando en la iglesia de San Sernin."

—Gracias, Antonio, gracias... Tengo que haceros otra pregunta; y antes de contestar á ella quisiera que consultáseis vuestro corazon..... ¿me amais?

—¿Si os amo...? ¿si os amo...? ¿y me lo preguntais cuando compré el título de esposo vuestro con esposicion de mi vida..... cuando deseo vengar los ultrajes que os hicieren.....? Mis amigos se rien de mi credulidad, y acriminan vuestra conducta; solo yo digo que sois inocente y lo sostengo.... Dentro de ocho dias os daré mi nombre; os confiaré mi felicidad. mi Porvenir, mi vida; nada me impor-

ta cuanto puedan pensar y decir, ¡y sin embargo me preguntais todavía si os amo!

—¡Ojalá no me hubierais conocido.....! Ese funesto amor....

—¿Me odiais?

—Nunca manchó el odio mi corazon.... ¡Yo odiar al único hombre que no temió sacrificarse por salvar mis dias! ¡yo odiar al único hombre que recogió y consoló á mi padre.....! Antonio, no me atrevo á interrogar mi alma; por mas agradecimiento, por mas amor, por mas sentimientos que ella encierre, no puedo ser vuestra, nuestro enlace es irrealizable.

—¡Irrealizable! ¡irrealizable...! ¿Y quién impedirá que seamos el uno del otro?

—¡Dios!

—No blasfemeis, Marta, no blasfemeis. Ese hipócrita abad os habrá arrancado alguna promesa para que se consuman vuestros dias en un claustro; pero ahora....

—No es esa la causa. El obstáculo que nos separa...

—¿Cuál es...? ¿cuál es?

—No puedo decirlo...

—Pues bien! si os obstinais en callar, ahora mismo en vuestra presencia sepultaré mi cuerpo en el agua.

—Deteneos... deteneos... Ah...! Cielos!...

—¿Qué teneis?

—¿No ois?

—Las nueve que dan en el reloj de San Sernin.

—¡Las nueve...! ¡en ese reloj! ¡Ah! no sabeis lo que para mí significa este lúgubre sonido...! Gracias te doy, Dios mio... Nada revelé...

—Marta, en nombre del cielo...

—Es imposible... No volvais á verme... seria un crimen, y nos condenariamos los dos. No volvais á verme... Adios...

Y desapareció precipitadamente por en medio de aquella frondosa arboleda. A los pocos minutos se hallaba en frente de la puerta secreta de la iglesia de San Sernin, que á una seña suya se abrió de par en par. Corrió Marta à la capilla de la Virgen y puesta de rodillas derramó abundantes lágrimas y oró con fervor; pero ni el llanto, ni la oracion pudieron tranquilizar su alma. Muchas veces pasára la jóven el umbral pe aquella puerta, muchas veces engañára el sueño de su padre, cuando el reloj de la abadía daba las nueve; y misteriosamente se introdujera en la iglesia. Una noche apareció en ella en trage nupcial, y el abad vestido con los mas hermosos y mas ricos ornamentos sagrados se apoderó de su trémula mano y la condujo por los claustros de la vasta abadía, á una capilla retirada, en la que brillaba el lujo mas esquisito; el altar adornado como en los dias de gran fiesta, estaba cubierto de luces y de oro y el incienso mas puro perfumaba la santa mora-

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA

da. En aquel altar se habian colocado cuatro magníficas estátuas: Cristo, pero no Cristo ensangrentado, con la corona de espinas, con las heridas de la lanza y de los clavos, sino Cristo triunfante, tal como nos le pintan lleno de vida, de hermosura y de celestial poder; el Padre Eterno sentado con abandono en un celage transparente con su brillante aureola de gloria; el Espíritu Santo en forma de paloma, y la Vírgen en toda su belleza, solo á ella misma comparable. Tan conmovida como trémula se postró Marta en el suelo y oró largo rato.

—La hora de la oracion pasó, le dijo el sacerdote levantándola: ¿habeis meditado con detencion acerca de la gracia que Jesucristo quiere otorgaros?

—Si, padre.

—¿Estais decidida?.. Considerad que el acto que vais á cumplir se estiende á la vida de este mundo y á la del otro. ¿Marta, quereis por esposo á Jesucristo?

—Si, padre.

—¿Habeis callado algo en la confesion?

Nada.

—¿Sois pura y casta como debe serlo la que va á uniase á su Dios?

—Lo soy como lo es toda criatura que solo vive para conseguir la eterna salvacion.

—Voy á consagrar vuestro casamiento.

IV.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

El prelado abrió el copon, y sacó dos pergaminos que leyó en alta voz.

Yo, Jesucristo, Dios hecho hombre, segunda persona de la santisima Trinidad, declaro tomar por legitima esposa á Marta Simon, llevándola en dote mi gracia en este mundo y la vida eterna en el otro.

Firmado en presencia del Padre Eterno, del Espiritu Santo y de la Santisima Virgen mi madre.

Por Jesucristo, el Padre Eterno, el Espiritu Santo y la Santisima Virgen, y en uso

de los poderes que nos han sido otorgados.

N.... abad de la abadía de san Sernin.

Tomad vuestro sagrado contrato, y firmad el que voy á leeros.

Yo, Marta Simon, declaro tomar por legítimo esposo á N. S. Jesucristo, Dios hecho hombre, segunda persona de la Santísima Trinidad, llevándole en dote mis bienes, mi amor y mi virginidad, y jurándole fidelidad en este mundo para merecer la vida eterna en el otro.

Firmado en presencia de N. S. Jesucristo, mi esposo, del Padre Eterno, del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen.

Marta se apresuró á firmar, y el abad arrojándose á sus pies, esclamó: ¡Os saludo esposa de mi Dios!

Pensativa y deslumbrada por cuanto acababa de ver y de oir, siguió al prelado que la condujo á una sala en cuyo centro se elevaba una hermosa estátua de Cristo: una lámpara de alabastro alumbraba aquella morada voluptuosa y divina, y perfumes mas gratos que el incienso ardian en braserillos de oro.

Flaquearonle á Marta las rodillas; el abad la sostuvo y guió otra vez sus vacilantes pasos... La recien desposada se quedó muda, clavados los ojos en el cielo, y cubierta de rubor su virginal frente.

. . . . . .

¡Esta escena pasó tres meses antes del incendio!

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Desde aquella noche fue Marta con frecuencia á la iglesia donde esperaban al abad; y en ella estaba cuando el fuego devoró la casa de su padre. El prelado al oir el toque de arrebato corrió á la calle de Taur, y creia á Marta próxima á perecer, mientras que la devota jóven, entregada enteramente á Dios, adoraba á Cristo su esposo.

Pero la noche en que tan bruscamente se separó de Antonio para no faltar á la cita, el abad se le reunió al momento.

—¿Muy interesante será lo que teneis que comunicarme, le dijo, cuando venis dos dias consecutivos?

—¡Estoy en cinta!

—¡En cinta!

—Y dentro de poco seré madre... ¿Qué debo hacer?

—Ocultar vuestro embarazo. El mundo es indigno de conocer los santos misterios que habeis celebrado. Cuando esté próximo el término, avisad y confiad en el poder y en la misericordia de vuestro celestial esposo... Sobre todo, suceda lo que sucediere, debeis guardar el mas profundo silencio acerca de cuanto ha pasado. Dios no se revela á todas las criaturas; se ha revelado á vos en su bondad, y si hablárais, se revelaria en su cólera.

—Prometo callar por el amor que á Cristo tengo.

V.

Algunos meses despues ocultaba Marta debajo de sus largos vestidos de luto, lo que á los ojos del mundo hubiera sido un crimen: su padre habia muerto.

Retirada la desconsolada huérfana en la casa de Tounis, aguardaba con ansiedad al término de sus padecimientos; pasaba los dias y las noches en contínua oracion, y puesta sin cesar de rodillas delante de la imagen de Cristo, suplicaba á su celestial esposo que la llamase á sí; y cuando veia, que los dias se sucedian á los dias, aceptaba con resignacion,

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

valor y fanatismo el porvenir y las penas que sobre ella se aglomeraban.

Muy rara vez asistia ya á la iglesia; no se lo permitia su debilidad, y ademas temia verse deshonrada, porque no le era dado revelar el peregrino incidente que habia motivado su triste estado.

Un dia llamó con voz debilitada á la muger que la servia; la entregó una sortija y le mandó que la llevase al abad de San Sernin. Era el aviso de que habia llegado la hora del alumbramiento de Marta. Y la infeliz jóven habia jurado sofocar sus gritos, no llamar á nadie en su socorro, permanecer sola, sola con Dios que debia socorrerla, y echar al mundo, guardando silencio, al hijo que llevaba en su seno. ¡Oh! ¡cuántas veces rodó á los pies de Cristo, pidiendo misericordia y la muerte! ¡Cuántas veces, llevó convulsivamente las manos á la boca, para comprimir los gritos que el dolor le arrancaba! El delirio se apoderó de su imaginacion..... Contragéronsele los nervios..... Sintió que su cuerpo se disolvia, y creyó llegada su hora. Dió gracias al Señor, y cayó desmayada en el suelo.

Abrió luego los ojos.... padecia menos... habia quedado mutilada y sumamente débil... El abad estaba al lado de su cama..... Hizo un esfuerzo para traer á la memoria la causa de su presencia, la causa de sus dolores... El

primer grito de madre se escapó de su seno ¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¿dónde está?

—Su padre le llamó á sí, dijo el prelado.

—¡Muerto tambien! ¡muerto...!

—Asi lo dispuso vuestro celestial esposo..... Resignaos.

Por espacio de algunos dias estuvo Marta en mucho peligro, el abad fue el único que la asistió. Levantóse al fin, y dirigiéndose lentamente á la ventana, gozaba del espectáculo de aquel hermoso cielo que se estendia á lo lejos, y que al parecer estaba sostenido por la alegría y por la felicidad.... Lloraba á su hijo..... á su hijo que no conoció, y cuyo cuerpo inanimado no pudo abrazar.... Le pedia á Cristo en su delirio.... Un hombre respondió á sus gritos. Era el escudero de la ciudad con la espada de la justicia, que habia penetrado en la habitacion de Marta seguido de cuatro guardias del cabildo.

—Vuestro hijo ha muerto, le dijo, y os prendo por infanticida....!

Los guardias se apoderaron de la desventurada madre y la condujeron á la cárcel enmedio de los silvidos del desenfrenado populacho.

Aquella infeliz criatura, cuyo nombre se oia con horror recobró la calma en su calabozo y era feliz. La voluntad del Altísimo es incomprensible, decia: mi celestial esposo me llama á sí, y quiere que su indigna esposa sea

purificada por el martirio antes de comparecer á su presencia.... ¡Bendito sea su santo nombre!... Concédaseme el cadalso, y me precipitaré en los brazos de Jesus y de mi hijo....

Estaba decidida à guardar silencio y á morir; y notó con sorpresa y sentimiento que le habian arrebatado el santo contrato que llevaba siempre consigo. La habian registrado durante el letargo que marcó sus primeras horas en el calabozo; y temió que ojos profanos leyesen lo que ningun hombre debia leer. Temblando se presentó al capitular, que sin mencionar el contrato, la interrogó con amabilidad compadeciéndose de ella. Marta contestó á cuantas preguntas le hizo, esceptuando aquellas que tenian relacion con lo que habia jurado no revelar. Creyó que una mano celestial habia sustraido el sagrado pergamino.

El tribunal la sentenció á la hoguera, y cuando se le leyó la sentencia en el calabozo, pidió por única gracia que se le permitiese ver al abad de san Sernin para disponerse á morir.

Muchas veces intentó el prelado hablar á Marta, y nunca pudo conseguirlo. Aquel dia, aguardaba con impaciencia á que el capitular la pusiese en comunicacion. Otra persona aguardaba tambien.... ¡era Antonio!.... El magistrado fue á la cárcel, mandó que la acu-

sada siguiese incomunicada y al reparar en el abad le hizo seña para que le siguiese. Antonio se sentó enfrente de la puerta de la prision á fin de ver á Marta por la última vez, cuando la llevasen al suplicio.

Luego que el abad y el capitular astuvieron solos, el prelado censuró la órden del magistrado, y sostuvo que no debia ni podia entenderse con el confesor.

—¿Y qué teneis que decir á esa desventurada jóven, preguntó el capitular, á esa jóven inocente?

—Si es inocente, ¿por qué la habeis sentenciado?

—Para todos es culpable, solo para mí no lo es. Conozco al que cometió el crímen, puedo nombrarle al instante, denunciarle á la justicia y al pueblo....

—¿Por qué no lo haceis, capitular?

—No me retiene el temor, señor abad, ni la clase, ni el poder, ni el nombre del verdadero culpable; me retiene su carácter, su carácter sagrado que el pueblo venera y adora; y quiero dejarle en la grata, consoladora y util ilusion de que un ministro del señor no puede errar. Porque si yo le digera; uno solo ha faltado á sus deberes, uno solo ha sido perjuro á su Dios, uno solo ha engañado al cielo y á los hombres, el pueblo en su justa venganza los confundiria á todos. El pueblo odiaria á todos los sacerdotes, y des-

preciaria todas las religiones, confundiria en su furor la religion y sus ministros, y la religion debe ser respetada, no es mala porque lo sea uno de sus sacerdotes. Estas son las causas porque he guardado silencio, y mañana perecerá una jóven inocente, cuya sangre caerá sobre vos.

—¡Sobre mí!

—Ya podeis conocer que estoy bien informado. Quereis ver á Marta para pedirle este pergamino. No me le entregó ella, no: habíais fanatizado demasiado su alma para que no soportase los mas horribles tormentos antes que confesar la verdad, pero no podiais preveer su sueño, y su sueño me hizo dueño de este contrato impio!.... ¡Ya veis!.... está firmado por vos.... ¡Si le enseñara al tribunal!.... ¡Y sin embargo el pueblo se arrodilla aun á vuestros pies!....

El prelado no pudo soportar las severas miradas del magistrado, y bajó la cabeza.

—¿Qué exigis de mí? dijo balbuceando.

—Que salgais mañana de Tolosa y que renuncieis á vuestra abadía. Os retirareis para siempre à las montañas de Rouergue.

—¿Y ese pergamino?

—Me garantiza vuestra obediencia.

—Marcharé.

VI.

Un triple espectáculo escitó al dia siguiente la curiosidad general. A las doce estaba Marta en la hoguera con los ojos levantados al cielo, con el candor y la alegría en el rostro, é insensible á las maldiciones del populacho que ahullaba á su alrededor. A las doce la parte sana del pueblo llevaba en triunfo al abad de san Sernin que, abandonando su rica abadia renunciaba al mundo y al lujo y se retiraba á vivir como un anacoreta en las montañas mas pobres de Francia. A las doce los barqueros del Garona sacaban del rio el cadáver de Antonio.

FIN DEL CASAMIENTO DE CRISTO.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

PADECER Y MORIR.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Padecer y Morir.

I.

En una hermosa tarde de verano, cuando el sol despedia sus últimos rayos dorando la elevada cúspide de las montañas de la Suiza; y la fresca y perfumada brisa acariciaba el follage de los árboles, y la naturaleza toda entraba en la morada del silencio cubriéndose con un denso velo cual la virgen que huye del bullicio para entregarse en medio del rubor á los dulces sueños del amor, una jóven estaba sentada en la colina que terminaba el jardin de la señora de Ceriñy, y con candorosa admiracion contemplaba el dilatado y mag-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

nífico cuadro que á su vista se desenvolvia. En la espresion de sus rasgados ojos azules se notaba cierto aire angelical que revelaba la mas tierna sensibilidad, y la alegria mas profunda. Tambien revelaban sus miradas una curiosidad infantil, de modo que parecia estar ocupada en buscar el origen del sublime misterio que encierra la terminacion de la luz del dia, y la aparicion de la sombria oscuridad de la noche. Sus torneados dedos jugueteaban con los rizos de su rubia cabellera, su esvelta cintura se doblaba con púdica voluptuosidad, y por su imaginacion resvalaba uno de aquellos dulces y lisongeros pensamientos que nos ilusionan á los diez y seis años, y qué muchas veces no duran mas que un dia, una hora, dejando tan solo un recuerdo, último rayo de alegria, último consuelo de la infancia.

Interrumpióla en sus meditaciones el eco de una voz muy grata para ella, que pronunciaba su nombre. Estremecióse, y volviéndose con viveza, divisó á corta distancia á Eduardo su primo, su hermano de adopcion, al hombre á quien desde muy niña se habia acostumbrado á amar, como se ama á Dios, como se ama á una madre.

—Vengo resuelto á reñirte, dijo Eduardo con tono serio, aunque fingido: ¿son horas estas de estar en el jardin, en una noche tan húmeda?... tu tardanza tiene muy desazonada á mamá.

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—¿Y tú, no lo estabas? preguntó Ana sonriéndose maliciosamente.

—¿Te parece regular que me desazone por una chicuela, que se complace en atormentar á cuantos la aman?

—No me riñas, Eduardo, replicó Ana, colgándose de su brazo: era tan feliz en este momento..... pensaba en tantas cosas..... no: en tí solo; en tí, que eres el único amigo que tengo; en tí, que eres mi hermano querido.... ¡Ah! nunca nos separaremos; viviremos siempre al lado de mi tia.... es cuanto deseo.... Eres tan hermoso!... Si, lo eres cuando me miras, porque tus ojos son mas espresivos, mas tiernos que los de los angeles.... ¿por qué los apartas de mí?

En efecto, Eduardo que miraba á Ana, enagenado de placer, mientras que ella estaba hablando, volvió de repente la vista á otro lado, y todo su cuerpo se estremeció.

—Calla, niña, calla; si te oyeran, se burlarian de tí.

—Eso es, ríñeme ahora. ¡Ah! tu no me comprendes; no sabes que mi alegria nace de las penas que ayer tuve. Nunca se goza con mas placer de la felicidad, que cuando se ha estado á punto de perderla.

—Esplícate.

—Ayer debias marchar á París; lloré tanto! ... esta mañana me dijo tu madre que ya no te ibas; mira que contenta estoy.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Eduardo acortó el paso, le apretó dulcemente el brazo, y ella no se ruborizó. Educada en el retiro, léjos de las crueles exigencias de la sociedad que imponen como una virtud el disimulo en las mugeres, no alcanzaba que debia disfrazar sus pensamientos, y eran tan puros ademas, tan ingénuos que estaba muy léjos de sospechar la interpretacion que daria Eduardo á tan dulces palabras.

—¡Te afligia mi partida! dijo con voz conmovida.... segun veo, te seria muy cruel una separacion!

—¡Muy cruel!

—¿Y si algun dia fuera indispensable separarnos.... porque te casáras....

—¡Nunca!

Hubo un momento de silencio.

—¿Y tú, piensas en casarte? preguntó Ana con timidéz.

Eduardo guardó silencio y aceleró el paso.

A los pocos minutos se hallaban en la habitacion de la señora de Ceriñy.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

II.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

La madre de Eduardo era una señora de cincuenta años, alta y delgada; hablaba poco y siempre con sequedad; su mirada fria é indagadora, revelaba en ella aquella profunda indiferencia tan propia de los corazones que no comprenden los pesares. En sus primeros años habia amado y padecido, é insensiblemente habia llegado á la frialdad de alma que la caracterizaba: desgraciada en un enlace que contrajo sin consultar su corazon, otro amor marchitó su vida: se vió en la necesidad de

combatir su pasion con el deber, y enagenada en los brazos de su amante, se arrancó de ellos en el momento en que iba á sucumbir, y tuvo bastante virtud para decirle con frialdad: «No te amo! te detesto!»..... Pero al pronunciar estas palabras saltaron las últimas fibras de su alma, y se apagó el sagrado fuego de su corazon. Desde entonces para ella no ecsistió poesía, para ella no ecsistieron sueños de felicidad, para ella no ecsistió nada..... nada, mas que orgullo. Habia agotado por sí misma toda la pasion de que es susceptible el corazon de la muger, y sus ojos no se humedecian jamás, aunque presenciáran el triste cuadro de los mas agudos padecimientos.

Un sentimiento tan solo sobrevivió en su alma, el cariño que á su difunta hermana profesaba. Murió en sus brazos, y al verla exhalar el postrer aliento enjugó furtivamente una lágrima. Adoptó á su sobrina y durante el primer transporte le prodigó mil caricias, pero pasado aquel recobró su característica frialdad, y la infeliz huérfana conoció entonces el vacío que deja una madre en el corazon de sus hijos.

Muy poco alhagüeña fuera para Ana la vida, si no hubiese tenido á su lado á Eduardo, jóven de escelentes prendas, que erigiéndose en su maestro, cifró toda su felicidad en formar el tierno corazon de la graciosa niña, y con una solicitud, en cierto modo paternal,

C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

inclinó su alma á amar lo bueno y lo hermoso. Siempre juntos, eran cortos los dias para ellos y cada uno encerraba un manantial de delicias. Ana no profundizaba el interminable porvenir, y nunca hubiera creido que pudiera desaparecer su tranquila y pura felicidad. Eduardo no era tan dichoso; aventuraba con frecuencia delante de su madre alguna que otra palabra acerca de la suerte de su prima, y aquella por toda respuesta guardaba un profundo silencio. Sabia que sus deseos serian contrariados por la que le dió el ser porque conocia la ambicion desmesurada que la dominaba; y los mas crueles pensamientos turbaban sin cesar el encanto de las conversaciones que con Ana tenia.

La noche de que hablamos llegaron los dos jóvenes tristes y pensativos á la habitacion de la señora de Ceriñy; nunca la habian visto tan fria, riñó á su sobrina y la infeliz dirigió á su primo una mirada bañada en lágrimas, como pidiéndole apoyo y consuelo; la velada fue triste y se pasó en silencio. La señora de Ceriñy fue la primera que habló para decir á Ana que se retirára á su habitacion. Eduardo iba tambien á salir y su madre le mandó que se quedára.

—Mucho te inquieta, le dijo, luego que estuvieron solos, la suerte de tu prima, y con razon, porque carece de bienes de fortuna, y es muy triste situacion por cierto

Patronato Provincial de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

presentarse pobre en el mundo y con el sello del infortunio.. Pero afortunadamente puedo ya cumplir la promesa que à mi hermana hice, su hija serà feliz; el señor de Marans, nuestro vecino, ama á tu prima, y me ha pedido su mano.

—¡Cielos! murmuró Eduardo con voz ahogada.—¿ Y qué habeis contestado? añadió con ansiedad.

—He accedido á sus deseos, replicó la señora de Ceriñy, encogiéndose de hombros.

Eduardo se puso pàlido y permaneció inmóvil delante de su madre.

—El señor de Marans, continuó finjiendo no haber notado la turbacion de su hijo, es un hombre de mérito á quien yo aprecio; posee inmensos bienes y Ana será feliz.

—Madre mia, madre mia...! no la sacrifiqueis; es vuestra sobrina, yo la amo y soy correspondido, compadeceos de los dos.

—¿Tienes bienes que ofrecerle? tu no ignoras nuestra posicion; apenas podemos sostenernos en nuestra clase, y es preciso que contraigas tu tambien un enlace ventajoso.

—¡Jamás!

La señora de Ceriñy se sonrió irónicamente.

—Ana se casará con el señor de Marans, yo lo quiero, y tú marcharás mañana á Ginebra, donde es indispensable tu presencia para entablar las primeras diligencias de un pleito.... Puedes retirarte.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Dispuesto ya para marchar, bajó Eduardo al jardin y se colocó al pie de la ventana de su prima, esperando á que se asomára. Fácil le habia sido leer en su candorosa alma; nunca se le habia ocultado el menor pensamiento de Ana, pero en el momento en que veia desaparecer para siempre su felicidad, en el momento en que se le arrebataban sus mas lisongeras esperanzas, necesitaba oir de aquella angelical boca un "yo te amo!" Esta sola palabra le hubiera infundido bastante valor para resistir á su madre y para salvar á su amada.

Agitóse por fin la cortinilla blanca, abrióse la ventana y se asomó á ella una muger..... Era la señora de Ceriñy.

Eduardo inclinó la cabeza, salió lentamente del jardin, montó á caballo y tomó el camino de Ginebra.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

III.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Aquella tarde, durante la comida, ocupó un estrangero en la mesa el sitio de Eduardo: Ana estaba á su lado; cuando el señor de Marans le hablaba, este era el nombre del nuevo huesped, dirijia ella una mirada á su tia, como suplicándole, que no la atormentasen; pero la señora de Ceriñy conservaba su impasibilidad, y la desgraciada huérfana bajaba los ojos y reprimia sus lágrimas.

Cuando se levantaron de la mesa, el señor de Marans dijo en voz baja á la señora de Ceriñy:

—Ana está muy triste.

—Niñerías, contestó sonriéndose; el miedo que se tiene á su edad al matrimonio... Ya se irá acostumbrando.

Nada replicó el señor de Marans: hombre metódico y frio, se casaba por imitacion, y habia elegido á Ana por orgullo, porque nada tenia, y por despecho porque una señorita hermosa y noble habia rehusado su mano. Ademas no ecsigia amor á su muger, sino que figurase en sus salones como un bonito adorno.

Tal era el marido que se destinaba á la amante y candorosa jóven, tal era el hombre al que sacrificaban un alma pura y un corazon que no pertenecia á sí misma, y rico de ilusiones.

Quince dias despues, una corona de flores de naranjo se marchitaba sobre la pálida frente de la recien desposada.

Durante la comida que siguió á la misa de boda, todos los convidados guardahan el mas profundo silencio, de modo que parecia que la desgracia habia fijado su morada en aquella casa; el señor de Marans estaba tan tranquilo como si fuera mero espectador y no parte activa en aquella triste jornada; la señora de Ceriñy hablaba poco y su mirada mas afable que nunca, se fijaba incesantemente en la triste jóven; sin duda el tardio arrepentimiento se habia apoderado de su alma.

JUNTA DE ANDALUCIA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife CONSEJERÍA DE CULTURA

A la caida de la tarde pidió Ana permiso para retirarse á su habitacion, y su tia se lo concedió. Cuando se encontró sola con su dolor, sola con lo pasado que no se atrevia á recordar, vislumbró la felicidad quizás por última vez, y pudo llorar! Se asomó á la ventana y desde ella, con las manos juntas, con los ojos anegados en lágrimas, contemplaba aquel jardin en el que cada árbol, cada flor, le recordaba una felicidad perdida y perdida para siempre. Entre sollozos murmuró el nombre de Eduardo, como el último adios, como el último grito de su desesperado corazon.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

IV.

En aquel momento saltó á la habitacion de Ana un hombre cubierto de polvo y de sudor; era su primo.

—Demasiado tarde! dijo luego que la vió, demasiado tarde! consumóse el sacrificio, no es verdad?..... por qué lloras! me han dicho que serias tan feliz!.....

—¿Por qué me habeis abandonado?

—Tan pronto me hablas de vos! replicó Eduardo con abatimiento.

—Aléjate, aléjate por compasion. Si el señor de Marans viniese.....

R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

—¿Me echaria? pues qué, no eres mi hermana? no he sido tu único amigo? no soy quien ha formado tu alma? Si eres hermosa, no lo debes á mi amor?..... Tu me pertenecias; ¿por qué me alejaron de tí? por qué han dispuesto de mi felicidad, de mi bien, de mi vida? tu me amabas, no es verdad? Oh! habla, dí que me amas..... Compadécete de mi amor!..... Ven, ven á mis brazos.

Ana tembló al ver el delirio de Eduardo, su frente se ruborizó cuando los brazos de su amante la rodearon, y acordándose de sus deberes, conoció que un momento de olvido y de abandono podia empañar su virtud. Luchando con su propio corazon, se separó de Eduardo.

—Alejaos, le dijo con firmeza; os amaré como á un hermano, cualquier otro sentimiento que abrigára mi alma, seria un crimen; alejaos! . . . cuando esteis tranquilo y querais verme, os tenderé una mano amiga. Mi marido. . . . y. . . . yo. . . .

No pudo continuar, las lágrimas temblaban debajo de sus párpados: hizo un esfuerzo y logró contenerlas. Eduardo creyó en la calma afectada de su semblante, creyó en la frialdad aparente de sus palabras, creyó en fin que se habia engañado.

—¡A Dios, murmuró, á Dios para siempre! . . . y desapareció.

Cuando se hubo alejado, juntó Ana con

fuerza sus manos, cayó en una silla que á su lado estaba, sus ojos se cerraron, y el movimiento convulsivo de sus lábios atestiguaba que solo vivia para padecer.

En aquel momento oyó los pasos de una persona; quiso levantarse, pero la abandonaron sus fuerzas y cayó otra vez desmayada, al mismo tiempo que la señora de Ceriñy entraba en su habitacion.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

V.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Un año despues se hallaba Ana en París, rodeada de un lujo de gran tono, que indicaba riqueza y felicidad...

Las colgaduras de seda caian suavemente sobre las ventanas para debilitar los rayos de la luz; y orientales tapices ahogaban el sonido de los pasos, permitiendo al pensamiento abandonarse á los sueños que le encantan, sin que un ruido importuno los interrumpa ¡Todo en la suntuosa casa del señor de Marans, revelaba al hombre amante de los goces ma-

teriales; pero la flor más hermosa de aquella deliciosa morada, se inclinaba pálida y marchita. Ya no era Ana la graciosa niña de la sonrisa de ángel, de la frente sonrosada, de los rasgados ojos azules, tan dulces y tan espresivos! era una jóven triste y tímida cuyos lábios se entreabrian apenas para sonreirse; era una muger santamente resignada, que, á pesar de la amargura aglomerada en su corazon, pronunciaba tan solo palabras de amabilidad, y cumplia sus deberes sin quejarse y sin murmurar.

Cuando Ana, oprimida de los adornos que el orgullo de su marido le prodigaba, aparecia en las magníficas reuniones parisienses, los grupos se abrian para dejarla pasar, cesaban los *á partes*, y todos la saludaban con respeto: fácilmente se conocia que, debajo de aquel trage de baile, que, debajo de aquella brillante corona de diamantes, se ocultaba un pesar grave y profundo, uno de aquellos que el mundo no comprende, pero que respeta y adivina como si fueran un santo misterio.

Una mañana estaba Ana al lado de su marido, y le sometia la lista de los convidados para el baile que al dia siguiente daban.

—¿Os habeis olvidado de alguna persona? preguntó el señor de Marans, recorriendo la lista.

—Creo que no.

—Cómo no! replicó su marido con sor-

presa, aqui no veo á Enrique Senecey.....

—Creí, dijo Ana titubeando.... no me acordé.

—Va, va, está visto que no conoceis el mundo: no habeis convidado á Enrique, ¿y por qué? porque hace dos meses que os dirigió una declaracion amorosa.

—Sabeis.....

—Mucho que sí. En alguna ocasion manifestais tan poco talento, que todo Paris conoce vuestros pensamientos: os asustasteis y con las lágrimas en los ojos fuisteis á casa de mi hermana á contarle lo que llamais una ofensa, porque un hombre os dijo que os amaba: amiga, esto es muy ridículo; santo y bueno que seais virtuosa, pero sin hacer alarde de ello; no deis lugar á que se diviertan á costa vuestra. En este siglo escita burla, lo que en otros solia causar admiracion, y en Francia el ridículo mata; yo tengo plena confianza en vos, y por consiguiente es inútil, sino peligroso, llamar demasiado la atencion, aun cuando se trate de virtud. Habeis rechazado el homenage de Enrique, muy bien hecho; habrá puesto sitio á otra plaza; pero si hoy no le convidais, creerán que soy zeloso, que tengo miedo... y por cuanto hay en el mundo no quiero ponerme en ridículo..... Ademas ¿quién sabe si creerán tambien que vos le temeis?

—¡Yo!

—Oh! Dios mio! sé que no; hablo de los demas... Ya estàs temblando por nada. Es pre-

ciso que te vayas acostumbrando á los usos de la sociedad..... advierte que no estás en las montañas de la Suiza, que la vida es muy diferente, que los hombres piensan de muy distinto modo, y en fin, que lo que allí parece bien, aquí parece mal.... Vamos, pon en tu lista al señor de Senecey, y no hablemos mas del particular.

Iba á retirarse y se detuvo.

—Se me olvidaba decirte, que tienes un convidado mas; Eduardo, tu primo, llega hoy.

Cayósele á Ana la lista de las manos y se bajó con viveza para recogerlo.

—Tal vez me retiraré muy tarde, quedas encargada de recibirle. En su carta me dice que piensa permanecer en Paris muy pocos dias, yo quiero que estos dias se conviertan en meses, anunciaselo asi en mi nombre: mañana le veré.

Marchóse, dando un beso á su esposa; pero sus lábios estaban frios, no los animaba la llama del amor.

Ana temblaba, sus mejillas abrasaban; intentó escribir, y puso en la lista veinte nombres que figuraban ya en ella.....

Cediendo, en fin, á la violencia de su emocion, arrojó la pluma, y tapándose la cara con las manos.....

—¡Eduardo!..... murmuró..... ¡Eduardo!..... ¡oh! ¡dadme fuerza, Dios mio!..... ¡per-

don, perdon! ¡mi turbacion es un crimen!

Se quedó por un momento sumergida en sus reflexiones; y levantando luego la cara que estaba bañada en lágrimas:

—¡Perdon! repitió; debiera morir de vergüenza; soy culpable, Dios mio, muy culpable!..... Y sin embargo, en un año este es el primer momento de felicidad que esperimento..

Asustada de la alegría, que á su pesar, se apoderaba de ella, asustada del encanto que esparcia á su alrededor la esperanza de volver á ver á Eduardo, procuró espiar su falta, procuró persuadirse á sí misma de que era culpable. ¡Pobre niña! que queria luchar con su corazon y detener con una palabra sus palpitaciones. ¡Pobre muger! que creia posible, sin guia y sin apoyo, imponer silencio á la voz de las pasiones!....

Y sin embargo, encontró en el sentimiento de sus deberes, en el recuerdo de sus sacrificios, un valor desconocido, un valor sobrenatural. Dificil era la empresa, marchaba sola por una senda escabrosa; y no contaba con el amor de un esposo que la ayudase en sus virtuosos designios. En su seno debia encerrar sentimientos que sin cesar se renovaban; no se atrevia á juzgar al señor de Marans, ni á acusarle en el fondo de su corazon; tal era el temor que tenia de que aquel corazon, ocupado por otro recuerdo, fuese injusto con él;

en aquella lucha podia vencer.... pero tambien podia morir!...

Al cabo de algunas horas estaba tranquila; sus ojos habian perdido el brillo, la obra del padecimiento se acababa; se habia dado el golpe; y triste, pero animosa, se encorvaba debajo de la última prueba.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

VI.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Cuando llegó Eduardo, le recibió como á un amigo; pudo sonreirse al darle la mano; y, sin estremecerse, presentar su frente al beso fraternal. Pero Eduardo estaba pálido, y el mas profundo dolor le agoviaba: al contemplar el descarnado rostro de su pobre prima, comprendió aquella penosa existencia, y comprendió tambien que no habia padecido solo.

En el fondo de su alma juró compadecerse de la infeliz Ana, guardó silencio acerca de lo pasado, no le recordó su amor ni sus padecimientos, ni su momentánea felicidad, »hablóle

tan solo de la Suiza, y de su madre que echaba muy de menos el amor de su sobrina.

Pero al remontar el pensamiento de Ana al tiempo de su dichosa infancia, le recordaba sus sueños llenos de poesía, y de amor; cada palabra suya encerraba esta idea: «Entonces yo te amaba! Tú eras feliz y hermosa!.... eras mia!....»

Para sustraerse á aquellos recuerdos tan poderosos, buscó la triste jóven, los que solo tenian relacion con su pais, y desplegó una elocuencia sublime al hablar de sus montañas, de su cielo puro y azulado, y de sus temerarios paseos en los que despreciaba un peligro cuya estension no comprendia. Mientras que se animaba con una especie de delirio recordando una felicidad, que tal vez solo habia conocido porque su tierna alma se abria entonces al amor, su primo observaba con inquietud y dolor todos sus movimientos. Las mejillas de Ana estaban cubiertas de un sonrosado oscuro, sus ojos brillaban como nunca, y hablaba por monosílabos. Eduardo apartó de ella la vista con desesperacion, porque habia descubierto la verdad. Aquella muger que él amaba, su amiga, su hermana, la que habia crecido á su vista, que no tenia mas pensamientos que los suyos, mas sueños que sus sueños, arrancada de la poesía de sus ilusiones como una flor de su tallo, hija de la montaña, candorosa y pura que el mundo no

Patrimonio Documental de Andalucía y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

podia comprender, aquella mugér en fin se moria!

Desde aquel momento consagró Eduardo su vida á Ana; quedóse á su lado, no queria perder ni una mirada, ni un suspiro suyo, porque conocia, que la triste felicidad que esperimentaba no podia ser muy duradera, y allí, y siempre allí, aguardaba el fin de aquel drama á cuyo desenlace estaba unida su ecsistencia.

El señor de Marans le dejaba en plena libertad, cansado ya de los cuidados que ecsigia la quebrantada salud de su esposa. Varias veces le suplicó Ana que la dispensase de presentarse en las reuniones, al principio se opuso á ello; pero cuando llegó Eduardo accedió á sus deseos, y se ocupó tan solo de sus placeres.

La primavera habia aparecido otra vez y Ana recobrado sus fuerzas; apoyada en el brazo de Eduardo daba algunos paseos por el jardin de su casa, y allí se abandonaba á su infantil alegria, y allí en sus recuerdos encontraba una felicidad sin límites. Tranquilizada con los cuidados respetuosos y tiernos de Eduardo, gozaba sin temor, ni remordimientos del placer de oirle, le escuchaba con aquel sentimiento íntimo de admiracion, con aquella especie de respeto profundo que se profesa á la persona que se ama: era feliz!

Ana dirigia de vez en cuando una mira-

da lánguida y apacible al lado de la Suiza, y un dia que su marido estaba á su lado hablando con Eduardo, permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en el horizonte, y bañados en lágrimas, que sin sentirlas resvalaban por sus megillas.

—¿Qué teneis, Ana? preguntó el señor de Marans, sin poder disimular su mal humor.

Al oir su esposa aquella voz indiferente que la llamaba á la tierra, se estremeció, enjugó sus lágrimas y murmuró tristemente.

—Estaba pensando que moriré sin volver á ver mi hermosa Suiza..... y sin volver á saludar la tumba da mi madre.

—¡Ay Dios mio! repitió el señor de Marans, con su acostumbrada frialdad. Si me lo hubieseis dicho, hace ya tiempo que estarian satisfechos vuestros deseos.

—¿Es posible? esclamó Ana, me acompañareis á mis montañas!

—Eduardo se encargará de hacerlo: me es absolutamente imposible salir de Paris en la actualidad; dentro de algunos meses iré á buscaros.... Con que, Eduardo, ¿consentís en remplazarme?

Eduardo hizo un movimiento afirmativo, sin desplegar sus lábios; y el señor de Marans se retiró.

El abandono de su marido y el descuido con que la dejaba bajo la proteccion de su primo, afectaron estraordinariamente á Ana

pero Eduardo comprendió de otro modo aquella emocion, y creyó que su corazon pertenecia aun á su esposo, y que la indiferencia de este causaba todo su dolor; pues desde que se hallaba á su lado, no habia visto nada en ella que le dijera: "¡por tí he padecido y llorado!"

Mas desgraciado que nunca, se acercó á su prima y le tomó la mano: su mision era muy penosa, pero habia jurado no abandonarla, y aun cuando debiera padecer, queria cumplir su juramento.

—Hermana mia, os acompañaré á nuestras montañas!

Ana se estremeció de alegria al oir pronunciar aquel nombre que le abria un nuevo porvenir, pues escudada con él podia espresar mejor sus sentimientos.

—Sí, contestó dirigiendo una mirada de agradecimiento á su primo; volveremos á nuestro hermoso pais, y veremos nuestros ricos valles, y tal vez seré feliz, Eduardo.... feliz un dia antes de morir!

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

VII.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Una semana despues, seguia el camino de Ginebra una silla de posta; iban en ella una jóven pálida y débil y un caballero cuya vida parecia estar consagrada á sostener aquella mústia flor: no apartaba un momento la vista de la enferma; adivinaba sus menores deseos; si la sonrisa se asomaba á sus descoloridos lábios, se sonreía él tambien; si la veía feliz, era feliz; si la veía padecer, padecia; en una palabra su ecsistencia estaba pendiente del aliento de la jóven.

Al cabo de muchos dias de camino, llega-

ron á Ginebra; Ana no quiso detenerse, y aquella misma noche estaban en la casa de la señora de Ceriñy.

La madre de Eduardo no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y de dolor al ver á su sobrina; la apretó contra su corazon, y se volvió para ocultar una lágrima; los padecimientos que estaban gravados en el semblante de Ana, encerraban para ella una acusacion grave; y aquella muger fria y orgullosa, al contemplar á su sobrina y á su hijo, dominada por aquella doble desgracia que habia provocado, se inclinó, casi con timidéz, delante de sus dos hijos, cuya sonrisa triste y apacible parecia que le estaba diciendo: «Te perdonamos!..."

Aquella noche vió Ana con placer la habitacion donde pasó sus primeros años. Como en otro tiempo, al abrir por la mañana sus ventanas, respiró los perfumes de las flores; y como en otro tiempo vió á Eduardo que la aguardaba para dar un paseo.

Encontrando á cada paso agradables recuerdos, olvidó por un momento sus pasadas penas, y recobró su alegria, menos estrepitosa, pero mejor sentida; y respirando el aire libre se fue recobrando poco á poco.... Pero la brisa de las montañas esmuy fresca.... y puede matar!

El primer mes dió Ana largos paseos acompañada de Eduardo; mas al segundo tuvo que

acortarlos, porque sus fuerzas se debilitaron. Era sin embargo feliz, á pesar de que frecuentes opresiones y repetidos accesos de fiebre la consumian.... Al cabo de algunos dias le fue absolutamente imposible salir del jardin, y últimamente solo pudo respirar el aire, que tanta falta le hacia, en un terraplen de la misma casa.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

VIII.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Se acercaba el otoño, la señora de Cerí-ñy estaba sumamente inquieta, y Eduardo muy tranquilo; hacia mucho tiempo que habia perdido toda esperanza, y conocia que la única felicidad que hubiera podido esperimentar en este mundo desaparecia por momentos; iba á consumarse el sacrificio y esperaba seguir á su prima.

Una tarde, en que Ana estaba mas débil que nunca, se empeñó en dar su paseo acostumbrado; apoyóse en el brazo de Eduardo, y se dirigió á un bosquecillo, en otro tiempo

testigo de su felicidad. Sentáronse uno al lado del otro, sus manos se quedaron entrelazadas, y guardaron un momento de silencio. Levantábase aire, la hoja amarilla caia del árbol y rodaba á sus pies.... el cielo estába opaco.... era el otoño!

Ana apretó convulsivamente la mano á su primo, sus ojos se cerraron y su cabeza se inclinó á un lado; Eduardo la rodeó con los brazos....

—Te pones mala, le díjo conmovido. Retirémonos Ana..... Tendrás frio?

—No, dijo, abriendo los ojos..... estoy bien, soy feliz así!... Mira Eduardo, añadió, apoyando la cabeza en el hombro de su primo, mira, conozco que nos queda poco tiempo de estar juntos..... en este mundo al menos.... Hoy puedo comunicarte mis pensamientos y decirte porque muero.... tan jóven!

—Pero...

—¡Oh! hace mucho tiempo que lo sabias.... Cuando me encontraste en Paris, conociste que para mi no habia otro remedio, yo tampoco lo ignoraba!... Dios no ha permitido que muriese léjos de mi pais... conoció que habia padecido demasiado, y quiso que entreviera la felicidad en la tierra... Por espacio de tres meses he gozado de ella.... ahora ... me siento muy débil... Pero muero contenta... porque estoy al lado de mi único amigo, del único hombre á quien amé.

P.C. Monumental de la Alcazaba y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

—¡Ana!

—Puedo decirte esto.... no es un crímen.... Otra vez soy tu Ana...! otra vez soy tu amada!...¡Oh! por qué te separaste de mí!....

Eduardo la apretó entre sus brazos.... sellároнse sus lábios en la frente de la jóven..... Pero ay! Sus ardientes lágrimas cayeron encima de un rostro helado por la muerte!....

Seis meses despues, dos tumbas se elevaban en el jardin de la señorá de Ceriñy, y la desconsolada madre iba todas las tardes á orar y llorar delante de ellas.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

FIN DE PADECER Y MORIR.

EL FONDO DEL ALMA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

El Fondo del Alma.

I.

Son las once de la noche, por no decir las doce, que es la hora mas clásica de todas; una muger duerme tranquila en una elegante alcoba. Quién es esa muger, me preguntareis? es jóven, anciana, modesta, coqueta ó devota? Ecsaminemos su habitacion, y lo sabremos; reina una armonía secreta entre la persona, los vestidos y los muebles: por do quier se ven ricos espejos, lagos inmóviles de los salones, rodeados de oro en vez de musgo: jóven y linda será esta muger, cuando tanto placer tiene en mirarse. Qué caprichosos son estos muebles! casi todos anuncian costumbres

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

contradictorias: un reclinatorio está al lado de la cama y junto á el hay una mesa de laca cubierta de frascos, esencias, y guarda-joyas; esta muger es inconsecuente. Ricos cuadros adornan las paredes, y á derecha é izquierda de la chimenea, se lee *Recuerdo y Tristeza*; es una muger que ama y padece!

Esta jóven duerme en medio del mas profundo silencio, y à su alrededor no se oye otro ruido que el del volante de la péndola. Pero una silla ha sido derribada; despierta con sobresalto, recorre rápidamente con la vista su habitacion, y en el rincon mas oscuro, divisa á un hombre; quiere gritar, el miedo se lo impide, y el grito que ha lanzado se detiene en su boca; sus párpados un momento antes llenos de sueño, se abren desmesuradamente, el blanco anacarado de sus ojos crece, sus niñas están fijas y azoradas, todos sus miembros se estremecen, y hasta su alma tiembla.

Aquel hombre, aquella pesadilla real se mueve lentamente, avanza hácia la alcova, se desliza hasta la cómoda y la abre con precaucion; en aquel momento los pálidos rayos de la lamparilla alumbran su perfil, y la jóven se queda atónita; ha reconocido á su marido. Reclina la cabeza encima de la almohada, finge estar dormida, y observa todos sus movimientos.

Está de pie delante de la cómoda, estiende

la mano, la retira, parece que vacila en su proyecto; se vuelve hácia la cama y clava en ella los ojos: duerme, dice en voz baja; vamos, valor; se afirma en su resolucion, alarga el brazo, se apodera de las joyas de su esposa y desaparece.

Precipitase fuera de la casa, y ya le tenemos andando á paso largo por Paris. Son las once y media de la noche, y la calma se estiende por nuestra bulliciosa ciudad en la que se oyen bramar todo el dia dos rios caudalosos, uno de agua y otro de hombres. A esta hora velan todavía los cuarteles mas concurridos, pero las calles estraviadas están ya completamente dormidas.

Al atravesar una de esas callejuelas aisladas, tan desiertas que se oyen en ellas el ruido de las pisadas, tan angostas que solo se ve en ellas una cinta de cielo, y tan innobles que todas sus casas parecen nidos de criminales, el marido fugitivo creyó oir pasos detras de él, volviose y no vió á nadie; los que le seguian pudieron ocultarse en el ángulo de una puerta. La calle estaba oscura, no conocia el gaz, ni la civilizacion; y no habia en ella mas claridad que la que despedia una luna pálida, verdadera lámpara de los buhos y de los ladrones.

Efectivamente eran dos caballeros de industria, que habiendo oido los diamantes, iban en su alcance. Cuando creyeron llegado

el momento se precipitaron sobre el transeunte nocturno echando las uñas á su preciosa carga, pero él la agarró con las dos manos y se travò un combate encarnizado.

—Mucho se resiste nuestro hombre! esclamó uno de los ladrones.

—Bueno será asesinarle, replicó el otro. El aderezo lo merece.

El puñal brillaba ya en su mano, cuando apareció un jóven, que arrojándose à ellos, como un paladin del Ariosto, los puso en precipitada fuga.

—Os debo la vida; sois muy generroso...., esponerse asi por un estraño!

—Os conozco mas de lo que pensais; os he socorrido, porque al resplandor de la luna he distinguido vuestra fisonomía; sois Enrique de Hersin, el marido de la hermosa Calista.

—¿Me conoceis?

—Se que llevais esas joyas á vuestra querida; pero ignoro como os habeis proporcionado tan rico regalo, porque estais poco menos que arruinado; una parte de vuestros bienes ha desaparecido en las mesas de juego, y la otra ha dorado la habitacion de Berta.

—Estais tan enterado de todas mis acciones como mi misma sombra!

—Es que como ella os sigo á todas partes.

—Pero en fin, quién sois vos que tan instruido estais; quién sois vos que habeis espuesto vuestra vida por salvar la mia?

—Un hombre que amaba á Calista con fanatismo antes de que fuese vuestra esposa, y que la ama todavía con delirio; un hombre á quien ella ha despreciado por vos.

—Y os vengais arrancándome de los brazos de mis asesinos! qué generosidad! Oh! decidme, cómo os llamais, cual es vuestro nombre!

—Cárlos Sirmiane..... Si vuestra vida fuese amenazada otra vez, y me hallàra yo cerca de vos, nada temais. Adios.

Desapareció y Enrique fue á prostituir el aderezo de su esposa á los pies de Berta.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

II.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Era Calista una hermosa criatura, de formas angélicas. Pero su amable esterior ocultaba una naturaleza nerviosa: las impresiones que ella recibia eran ardientes, aunque muy pasageras: se encendian con facilidad y con la misma se apagaban, dejando lugar á otras. Muy tímida por lo regular, mudaba de carácter, cuando alguna pasion la dominaba; se volvia audaz, colérica, y parecia imposible que un cuerpo tan débil tuviera tanta energía.

Lloraba si hay que, porque habia adivi-

nado que los diamantes robados adornarian á una querida. Despues de haber formado mil proyectos á cual mas loco, resolvió fingir con su marido que nada habia descubierto, poner un dique á su cólera, y contenerla en él hasta que descubriera á su rival. En lo sucesivo fue esta su idea fija, la sed de su alma; espió las menores acciones de Enrique, pero no vió que hiciera una sola visita ilegítima.

La inutilidad de su espionage la sumergió en la mas profunda tristeza: todas sus amigos estrañaban aquel cambio tan repentino, y hacian los mayores esfuerzos para distraerla. Una noche vió entrar en su casa á la señora de Lircas, cuyo coquetísmo era conocido en todo Paris.

—Querida amiga, le dijo, vengo á separarte de tus lúgubres ideas. Hace algunos dias que te veo tan sombria como el quinto acto de un drama moderno, y es preciso que te distraigas; vendrás esta noche con migo al teatro de la ópera, y nos acompañará tu marido.

—Enrique no esta en casa, dijo Calista y.....

—No importa; vienes sola, verás como nos divertimos, tendremos una reunion escogida; un marques que posee 60,000 libras de renta, un agente de negocios irresistible; un vizconde graciosisímo, y dos poetas llenos de talento. Hermoso es tu sombrero; algunos

corazones harás palpitar esta noche. No nos detengamos, marchemos pronto.

Un cuarto de hora despues, estaba Calista en el teatro de la ópera rodeada del vizconde, del agente de negocios, del marques y de los dos poetas. Maquinalmente dirigia su anteojo á su alrededor, sin fijarle en parte alguna, cuando llamó su atencion el ruido de un palco bajo que se abrió. Por largo rato estuvo ecsaminando la hermosa mujer que en él se sentára: sus negros ojos: eran muy brillantes pero algo atrevidos y revelaban las impresiones secretas, que deben permanecer siempre ocultas en la mujer; se conocia facilmente que no trataba de disimular sus miradas. Su cintura, apesar de ser tan perfecta como la de una estatua griega, carecia de gracia: su aire era demasiado decidido, y demasiado brusco su modo de accionar; y si alguna vez afectaba modales nobles, se veia desde luego que no estaba en su círculo.

De repente dió Calista un grito: habia visto su collar de brillantes, en el cuello de aquella mujer, y le habia reconocido por su engaste particular.

—¿Qué teneis? le preguntaron.

—¡Yo!..... nada..... esa pieza me afecta demasiado.

Aquella reunion que se componía de hombres nulos y de mujeres melindrosas, la creyó al instante; aquellas almas mezquinas eran

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

incapaces de adivinar una pasion poderosa, nunca esperimentaban mas que amores y zelos en miniatura, solo su vanidad tenia proporciones piramidales.

Un hombre se sentó al lado de la mujer del palco bajo, era Enrique.

Calista se levantó para ir á buscar á su rival, y arrancarle vergonzosamente sus diamantes; ¿pero qué pensarian los que la rodeaban?... La mano de plomo del *qué dirán* la volvió á sentar en su silla. Trémula y conmovida, debia responder á las preguntas insignificantes que le hacian, y con el infierno en el alma, debia imponerse el tormento de una sonrisa.

La mujer irritada triunfó sin embargo de la esclava de la sociedad y al cabo de un rato se levantó con resolucion y se lanzó fuera del palco, dejando que cada cual formára las conjeturas que mejor le pareciera.

No reparó en salir á la mirada de triunfo de una joven que estaba en la primera fila de lunetas: hacia diez minutos que observaba su dolor con una sonrisa sardónica. Algo mas lejos se hallaba un hombre ordinario con patillas rubias. Cuando Calista desapareció, acababa de entrar, y dirigia una mirada amenazadora á Berta y Enrique.

Pero aquella, orgullosa con su rico collar no reparaba en él; daba gracias á Enrique, reia á carcajadas para llamar la atencion, de-

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

cia chistes, y jugaba con su abanico: el pavo real hacia la rueda. Enriqne la miraba con enagenamiento; y el demonio gozaba, porque á pesar de sus muchas ocupaciones, se habia colocado bonitamente entre los dos.

De repente se abrió la puerta del pálco. De Hersin se puso pálido y retrocedió delante de Calista que entró echando fuego por los ojos. Con voz temblona dijo á Berta.

—¿Me conoceis?

—No, señora; contestó su rival, esta es la primera vez que tengo el honor de veros.

—Pues yo os conozco. Sois una de esas mugeres perdidas, sin vergüenza, que arrancan á nuestros maridos de sus hogares, para venderles á precio de oro un simulacro de corazon, un corazon tibio aun del amor de veinte que los precedieron; una de esas mugeres que empiezan su carrera en una casa soberbia y que acaban en un hospital: sois una muger pública.

Berta se quedó muda de sorpresa y de furor; se ahogaba de cólera y cuando pudo hablar esclamó.

—Insolente!..... Pero, ¿qué haceis, Enrique? ¿Permaneceis inmovil cuando asi se me insulta? Echadme esa muger.

—Oh, si! replicó Calista con tono irónico, obedecedla, echadme! Tendría que ver eso!... y volviéndose hácia Berta con impetuosidad, ¿no sabeis, añadió, que no se me puede

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

echar como á vos? Soy su esposa, oís?..... su esposa.

Cuando Berta conoció que aquella muger tenia derecho para humillarla, lloró de rabia; su pudor padecia poco, pero su vanidad estaba en un potro: Enrique que hasta entonces habia permanecido aturdido, recobró al fin su aplomo, que raras veces perdia, y se colocó en frente de Berta para interceptar á Calista la vista de los diamantes.

—En verdad, señora, dijo con sangre fria, que vuestra conducta es mas que irregular, no admite calificacion; insultais á una muger honrada. ¿Pues qué, no puedo separarme de vos, no puedo presentarme en público con una muger sin que se os suba al cerebro algun vértigo de zelos? ¿Os habeis casado para tener sujeto al marido, como á vuestro galguito inglés? Cese ya esta escena humillante, yo lo quiero; y no avergonceis mas á esta señora.

—¡Una muger honrada!..... ¡Avergonzarla!..... ¡Si no sabe qué cosa es vergüenza! El pudor, ese velo con que toda muger cubre su frente, hace ya mucho tiempo que lo arrojó por la ventana de su tocador. Si no quereis que sospeche de vos, no vengais por la noche, como un ladron, á robarme mi aderezo para regalárselo: si quereis que pase por una muger honrada, decidle que no lleve los diamantes de vuestra esposa. Pero yo he venido para hacerme justicia.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Y apartando entonces á Enrique, que en el primer momento de confusion no opuso ninguna resistencia, se precipitó sobre Berta y le arrancó su collar. Su efervescencia estaba en su colmo; respiraba con precipitacion; la fiebre la devoraba; y sentia dentro de sí aquella vida activa de la cólera y de la pasion.

En aquel momento el hombre de las patillas rubias se apoderó de la luneta desocupada que mas cerca estaba del palco en que aquella escena pasaba, y se puso á escuchar con la mayor atencion.

—¡Qué humillacion! esclamó Berta: bien pudiérais haberme evitado esa violencia; ignoraba que esos diamantes fuesen vuestros, os los hubiera devuelto, los tengo en muy poca estima. Soy bastante hermosa, añadió con orgullo, para que otro hombre me los regale mas brillantes: como yo quiera, señora, tendré aderezos de duquesas.

—¡Cómo os ama! dijo Calista á Enrique; creiais que era tierna, y es orgullosa y avara.

—Silencio! silencio! esclamaron algunos *dilettanti* vecinos, Grissi va á cantar su aria favorita.

—En nombre del cielo, hablad mas bajo, dijo Enrique; vais á escandalizar! Por favor cállate, Calista.

—No, no callo. ¿Cuándo conocisteis á esa muger? Hará mucho tiempo. ¿Dónde la visteis

por la vez primera? Respondedme, respondedme.

Pretendeis imponerme una confesion conyugal! dijo Enrique impacientado. Pues bien, la haré. Sí, la conozco hace mucho tiempo, y la amo. Estoy cansado ya del matrimonio y de su amor de real orden.

Calista se dejó caer en una silla sollozando, habia perdido la energía. Todo se acabó entre nosotros, dijo: estoy sola en el mundo, sola! No ser amada, ¡Dios mio! No tener un afecto protector en el que pueda apoyarme! ¡Tan hermosa es!..... añadió levantándose bruscamente, y agarró la mano de Berta con una fuerza nerviosa y clavó en ella los ojos.

Dió un grito de alegría. ¡Una arruga! esclamó; mirad, Enrique; esa muger no es tan jóven como creiais; cuando menos tiene diez años mas que yo: y vos, señora, acordaos de que vuestros adoradores os regalarán en lo sucesivo aderezos menos ricos, y que bajará la tarifa de vuestras sonrisas.

Apenas habian transcurrido algunos segundos despues de pronunciadas estas palabras, cuando el hombre de las patillas rubias entró bruscamente en el palco.

—Vuestra esposa ha insultado á mi hermana, dijo á Enrique, y vengo á pediros satisfaccion de sus injurias.

—¡Un desafio! esclamaron las dos mugeres asustadas.

Enrique temblaba, no de frio como Bailly, sino de miedo; su frente se puso pálida, y en ella se leia en gruesos carácteres: cobardía. No notó que dos ojos brillantes le estaban observando desde la primera fila de lunetas.

—Muy estraño me parece vuestro proceder, caballero, contestó procurando adoptar un aire tranquilo: ¿quién ha visto nunca que los hombres se mezclen en las disputas de las mugeres? ¿qué ventaja nos resultaria de acabar con un duelo sangriento el que ellas han principiado con habladurías?

—Mucho lo siento, pero el brazo del marido responde de la lengua de la muger. Salgamos.

—Ya os he dicho, que este desafio es ridículo y que no le admito.

—¿Estais decidido á ello?

—Sí.

—Pues yo os obligaré á mudar de modo de pensar! replicó, aplicando á Enrique un solemnísimo bofeton.

El rostro de un hombre por feo que sea, es un sagrado: parece que la bofetada fue un argumento bastante elocuente, y que á Enrique le pareció muy lógico.

—Salgamos, dijo, estoy pronto á seguiros.

—¡No saldrás! esclamó Calista asustada.

—Si la señora me insultó, replicó Berta, buen cuidado tendré yo de responderle; por

favor, no me vengues, hermano, con un duelo.

El hombre de las patillas rubias la rechazó. Enrique dió algunos pasos, sus piernas temblaban, y su rostro se cubria de una palidez que le acriminaba.

¡Quién me librará de este desgraciado desafio! se decia á sí mismo. Quisiera creer en mi angel de la guarda, ó en mi demonio familiar para llamarlos en mi ausilio.

—No os batireis, le dijo un joven que entró súbitamente, era el que le habia arrancado de las manos de sus asesinos, era Carlos Sirmiane. Vuestra ecsistencia es preciosa, continuó, pertenece á vuestra esposa, pero una bofetada recibida ecsige sangre. Ese caballero se servirá aceptarme por adversario.

Y sin aguardar la contestacion del inflecsible duelista, le arrastró y desapareció con él.

III.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Al dia siguiente en los salones de la señora de Lircas no se hablaba de otra cosa que de la accion generosa de Carlos. El agente de negocios que por la mañana habia sido su padrino, refirió el hecho.

—¿Está herido? preguntaron muchas señoras.

—Nada de eso, contestó el agente de negocios; su adversario sacó el brazo roto.

—¿Y qué ha sido de Enrique de Hersin? preguntó un jóven.

—Ayer se dejó arrastrar por su esposa, y

esta mañana durante la lucha, meditaría, sin duda, alguna memoria contra el desafio, á imitacion de una sociedad filantrópica ó de la sociedad de los cobardes.

—¡Generoso Carlos! dijo la señora de Lircas. Sabeis, amigas, que estuvo enamorado de Calista y que se sacrifica por su marido: ¡esto es bueno!

—¡Sublime! dijo otra señora, que se acordó de que Sirmiane tenia un hermoso vigote negro.

—¡Magnánimo! contestó otra. La primera vez que Carlos me visite, pensó interiormente, me pondré el vestido de muer azul, que tan bien me sienta.

El agente de negocios hizo un gesto; habia conocido que Sirmiane estaba á la órden del dia.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

IV.

Ocho dias pasó Calista en continuo llanto despues de su terrible entrevista con Berta. El primero que siguió á aquella fatal escena, quiso matarse, pero fué un pensamiento que se levantó con el alba, y que se disipó mucho antes de que el sol se ocultára. Se irritó en seguida al recordar el tono insultante de su esposo: travóse una lucha entre su amor y su orgullo; y éste triunfó de aquél. Seis meses habian transcurrido apenas y la pasion que á Enrique tenia, se habia enfriado considerablemente. Ya saben nuestros lectores que sus

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

impresiones volcánicas eran poco duraderas, y que su corazon de temperatura variable, era de aquellos en los que sopla hoy el viento del Sud, y pocos dias despues el viento del Norte.

Insensiblemente fué presentándose en las sociedades; los salones eran templos para ella llenos de incienso; convirtióse en una divinidad y no le faltaron devotos; pero la divinidad rehusó el culto. En todas las reuniones encontraba á Cárlos, quien de vez en cuando se arriesgaba á hacerle alguna que otra visita. Cuando, en otro tiempo, ocupada enteramente Calista de Enrique habia despreciado á Sirmiane, apenas se dignára reparar en él; pero cuando estuvo en voga, cuando el relato de sus generosas acciones hizo retumbar los ecos de los salones, dirigió hácia él sus miradas: el pedestal que el mundo nos da, nos engrandece siempre considerablemente. Por otra parte, la noche de la provocacion, habia admirado Calista la conducta animosa de Cárlos; no habia podido menos de decir que Enrique era un cobarde y él un valiente: muchos hermosos rasgos de los que ella fué testigo contribuyeron á ennoblecerle mas y mas á sus ojos, y le miró con entusiasmo cuando le vió en un marco de acciones sublimes.

Creyó notar en él una distincion particular; encontró nobleza en su carácter reserva-

do, en el poco cuidado que ponia en asegurarse el incienso del mundo; mas orgulloso que vano, no mendigaba los elogios, ni se vanagloriaba de un solo rasgo generoso. Pero lo que seducia sobre todo la imaginacion impetuosa de Calista, era el convencimiento que tenia de que debajo de aquella fria apariencia se ocultaba una imaginacion acalorada; mas de una vez le sorprendió palabras ardientes, que parecian calentadas en una llama interior, y con frecuencia bajaba los ojos delante de su mirada fija é indagadora, que instantáneamente despedia chispas eléctricas.

Un dia en que se hallaba sentada al lado de la chimenea, pensando tal vez mas en Carlos que en Enrique, la crónica no lo dice, un criado anunció al señor de Sirmiane.

Reprimió un ligero estremecimiento, y le dijo que le introdugera con aquella graciosa indiferencia tan familiar en las mugeres de gran tono. La conversacion estuvo poco animada al principio, fue uno de aquellos diálogos que tratan superficialmente mil materias, insignificante ligereza, fue una de aquellas conversaciones de salon que nunca tienen el vuelo de una águila, pero sí el de una mariposa.

Al soltar aquellas frivolidades, que tan mal sentaban á su carácter, pero que la sociedad ingiere en todas las imaginaciones, Carlos tenia los ojos fijos en Calista; decidió-

se en fin á decirle, estudiando el efecto que en ella producia:

—No sois capaz, señora, de adivinar el singular encuentro que acabo de tener. Se trata de una muger que conoceis.

—Es la elegiaca baronesa de Escars, la angular marquesa de Bastelli, ó la atractiva señora de Lircas?

—Ninguna de las que habeis nombrado. Es Berta, vuestra rival.

—¡Ah, esa muger! dijo Calista con una sonrisa de desprecio.

—No creí que oyeseis pronunciar este nombre con tanta tranquilidad.

—Ya no le hago el honor de tener zelos de ella.

—¡Cómo! no teneis zelos de una muger que os arrebató el amor del vuestro marido, el amor de Enrique á quien tanto amabais!

—Y á quien ya no amo. No os hablaria con esta franqueza sino conocieseis su infame conducta, que ya se hizo pública. Mi casa en el dia es de cristal, y el mundo tiene en ella fijas sus miradas.

—¡No le amais! esclamó Carlos.

—Os dije que no. Pero hablemos de otra cosa; esta conversacion es muy delicada para mí.

—¡No le amais! al fin derribasteis á vuestro ídolo, al fin descubristeis que vuestro angel era un demonio! No amais á Enrique, á

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA

ese hombre que yo detesto. ¡Oh! mi lenguaje os sorprende. Pues sabed que le aborrezco; que aborrezco sus miradas, sus palabras, sus movimientos, hasta su misma sombra, cuanto le pertenece, cuanto de él depende. Quisiera poseer cien corazones, tengo bastante odio en mi alma para llenarlos á todos.

—¡Dios mio! esclamó Calista con sorpresa: ¿es al salvador de Enrique á quien oigo? ¿Sois vos, Sr. de Sirmiane, vos que le quereis como á un hermano?

—¡Oh, si, le queria! como quiere el presidario sus cadenas, cómo quiere la boca el veneno! ¿Habeis olvidado, Calista, que os idolatraba?

Hizo un movimiento imponiéndole silencio, pero él continuó:

—Cuando os ví, se desenvolvió á mi vista un hermoso dia y todas las cuerdas de mi alma rompieron en una celestial armonía. Me dije á mí mismo: pediré la mano de esa jóven, y será mi esposa. Ocupado de esta idea, miré mi porvenir, y le ví risueño, rico y pródigo: me dirigí á vos, y me despreciasteis por Enrique..... entonces miré otra vez á mi alrededor, estaba en medio de un desierto, y mi primer grito fue un grito de odio.

—Callad, caballero, callad, dijo Calista con dignidad, pero con voz temblona; sabed que la jóven de que hablais no puede escucharos ya. Borradla de todos vuestros pensamientos.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

—Quisiera hacerlo, pero no puedo; padezco tanto!..... Las llamas interiores únicamente por sí solas se apagan: no se sopla á una pasion como se sopla á una bujía.

Calista hacia mil esfuerzos para manifestarse impasible. Otra vez quiso imponer silencio á Cárlos, y no consiguiéndolo, replicó con indiferencia.

—Bien mirado hago mal en incomodarme; todo eso no pasa de ser una chanza. El que amó á la muger no se constituye en ángel custodio del marido.

—El interés que le manifesté, era amor que á vos tenia, era venganza. Escuchadme, Calista, escuchadme; vos sola, despues de Dios, conocereis el fondo de mi alma.

Calista le miró con estremecimiento, porque preveía alguna revelacion estraña. Cárlos continuó.

—Cuando Enrique fué insultado, cuando iba á batirse, me coloqué en su puesto; pero el fondo del alma decia: «Ese hombre se ha puesto pálido, ha vacilado, ese hombre tiene miedo; será bastante bajo para permitir que le reemplace. Calista verá que de los dos eligió al vil. A su alrededor se burlarán de su marido, y él aumentará el número de aquellos que la sociedad señala con el dedo?» me batiré por él. Por otra parte, señora, su vida me interesaba. Cuando le arranqué del puñal de los dos asesinos, si hubiera sido indispensable para

JUNTA DE ANDALUCIA
F.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

salvarle dejarme mutilar, abrirme las venas, derramar toda mi sangre, os juro que hubiera consentido gustoso en ello. Pero sabeis lo que el fondo del alma decia? "Si ese hombre muere, Calista olvidará sus faltas y le consagrará un culto; si vive, la hará padecer tormentos de zelos; derramará el oro de su dote á los pies de infames queridas; en su casa tendrán lugar todos los dias las escenas violentas que componen y hacen tan interesante el drama de un matrimonio mal avenido; el dolor y las penas ahumarán el hogar de su esposa; las lágrimas abrasarán sus almohadas, y yo seré feliz y quedaré vengado:" ese hombre vivirá.

—¡Cómo me amaba! esclamó Calista. Tal es la condicion de la muger, que perdona las venganzas mas atroces, si son originadas por el amor. Apenas hubo soltado aquella esclamacion cuando quiso recogerla, pero era demasiado tarde.

—Oh! ese grito salió de vuestra alma, dijo Càrlos sorprendido. Dios mio! Dios mio! dadme fuerzas para soportar tanta alegria! Ella me ama!

—Ridícula presuncion! contestó Calista, dueña ya de sí; os escuché demasiado tiempo, os dejo.

Habia conseguido cubrir su turbacion con un triple velo. Càrlos se levantó al mismo tiempo que ella, y su semblante recobró un aire de orgullo y de irritacion.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

—Yo me retiraré, señora; ya puedo morir, mi venganza está satisfecha,

Gran Dios! Vais á mataros! esclamó Calista; quedaos, yo lo exijo,

—Si, me quedo, amada mia, añadió puesto de rodillas delante de ella como delante de una vírgen; pero por compasion, pronunciad una sola palabra de felicidad! Si supierais cuanto he padecido, no negariais un poco de alegría á un desgraciado que sale del infierno. Apartais de mí la vista! Conservais todavia algun cariño à Enrique?..... Acordaos de que para él sois menos que una muger vulgar; sois la muger á quien no ama: mientras que para mí sois mas que una santa, mas que un ángel, sois la muger á quien yo amo.

Calista se entregaba facilmente á toda clase de impresiones, pero su alma era casta, y aunque porque su marido le hubiese sido infiel, se creia ella autorizada para faltar á la fé jurada. Pero su espresivo semblante la vendia, su emocion fué transparente, y por mas que decia á Cárlos de mil modos diferentes, "No os amo," Cárlos traducia siempre "Yo os amo;" y se separó de ella desesperado de haber librado la vida á Enrique.

V.

Sirmiane pasó la noche en una contínua pesadilla, formando mil absurdos proyectos, como, por ejemplo, asesinar á Enrique. El dia siguiente le ocurrió un pensamiento menos desesperado, pero para ello era indispensable que Enrique tuviese la atencion de insultarle ó de creerse insultado, y era muy pacífico, si su muerte hubiera dependido de su espíritu guerrero, su vida hubiera durado mas que una pirámide de Egipto.

Cárlos buscaba otro espediente, tan amigable como los precedentes, cuando Enrique entró en su habitacion.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

—Amigo mio, le dijo, soy el hombre mas feliz.

—Pues qué os sucede? preguntó Cárlos; habeis despertado ministro, duque y par? Habeis encontrado esta mañana un millon debajo de vuestra almohada, ó ganado algun castillo de Alemamia?

—Mejor que todo eso: me veo libre de mi mugar.

—Gran Dios! Ha muerto!

—Ca! Se ha pronunciado la separacion.

Hubiera sido curioso observar la impresion tan opuesta que causaba la misma muger en aquellos dos hombres; el uno hubiera bajado al infierno para buscarla, y el otro para huir de ella. Tal es el mundo: la esencia que á mí me gusta, da jaqueca á mi vecino.

—Calista, añadió Enrique, acaba de emprender un viage muy largo: va á reunirse con su padre al pie de los Pirineos.

—Huye de mí, pensó Carlos; y suspiró profundamente.

—Mi dicha seria completa, si Berta no hubiera marchado á Nápoles. Daria cuanto hay en el mundo para poderla seguir. Se dice ademas que las napolitanas son hermosas; que tienen un poco de su sol en sus negros ojos, y un poco de su volcan en el corazon.

—¡Nápoles! dijo Carlos que no pudo reprimir un grito de alegría..., y pensais ir á aquella ciudad?

JUNTA DE ANDALUCIA
Conjunto Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

—Me lo impide un pequeño inconveniente; no tengo dinero, estoy arruinado y para ponerme en camino y permanecer allí un par de meses, necesito quince mil francos.

—Necesitais quince mil francos! replicó Carlos con una espresion indefinible; yo los tengo y os los doy.

—¡Oh generoso, incomparable, sublime amigo! esclamó Enrique tomando la cartera.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife.
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

VI.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Habia trascurrido un año: los salones de la señora de Lircas estaban llenos de elegantes, de coquetería, de orgullo, de placer y de fastidio. Era una reunion heterogenea, compuesta de sabios que hablaban de historia nacional, griega y hebrea, y cuyos retrogados trages atestiguaban un amor, decidido por lo antiguo; de jóvenes que miraban las diosas de aquel templo del deleyte, y que, al parecer, se ocupaban de estudios modernos.

El sarao estaba en su apogeo, formados

los grupos y la murmuracion en su punto, cuando un criado anunció al señor y á la señora de Sirmiane. Calista entró en el salon apoyada en el brazo de Carlos.

—Son los recien desposados, digeron casi todos los concurrentes, es el joven mas generoso del siglo XIX.

—¡Qué cara tan espresiva! añadió una señora; merece ser feliz; ha sido tan sublime la conducta que con su difunto rival observó... Está interesante.

—No se puede negar, replicó su vecina, que su fisonomia es muy noble.

—Y muy bella su señora, añadió un joven que las escuchaba.

—Toda su belleza consiste en los diamantes que lleva.

—Conoceis, decia la señora de Lircas en otro angulo del salon, el último rasgo de generosidad del señor de Sirmiane?

Preguntabalo con tanto interes como hubiera preguntado si habian leido la última novela de un autor de moda; era elegante ocuparse de Carlos; su vida interior se habia puesto en circulacion.

—Tendria mucho gusto en conocerle, contestó el agente de negocios á quien ella se dirigia.

Es el caso que Enrique de Hersin estaba poco menos que arruinado, añadió la señora de Lircas, cuando se le ocurrió el hacer un

viage á Nàpoles; necesitaba quince mil francos, y el señor de Sirmiane se apresuró á dárselos.

Qué generosidad! esclamaron cuantos oyeron lo que la señora de Lircas acababa de decir.

Efectivamente era una accion generosa; pero ignoraban que antes de prestar aquella suma, habia recibido Cárlos por estraordinario una carta de un napolitano, en la que le decia que el cólera hacia los mayores estragos en Nápoles.

Veinte dias despues, murió Enrique de aquella enfermedad.

Esto no fué un obstáculo para que en lo sucesivo se considerase á Cárlos como el tipo del hombre virtuoso y desinteresado; porque el mundo no ve mas que las acciones; su mirada se detiene en la epidermis, y no penetra nunca hasta el *fondo del alma*.

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Museo Casa de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

FIN DEL FONDO DEL ALMA.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

PARA LO QUE SIRVE

LA VIRTUD.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Para lo que sirve la virtud.

I.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Era la pareja mas linda que se pudiera encontrar. Luisa, bella y graciosa, tenia uno de aquellos rostros espresivos que á primera vista causan mil lisongeras impresiones, y que dejan un recuerdo vago y agradable despues de que ya no se los vé. Federico Darney, su marido, era lo que comunmente se llama un hombre bonito; su fisonomía, sin ser hermosa por naturaleza, guardaba una armonía admirable en todas sus partes; su frente era espaciosa, y dos cejas negras perfectamente dibujadas coronaban sus lánguidos ojos azules;

sí, era una pareja encantadora, y en sus semblantes se veia dibujada una espresion tan marcada de felicidad, una confianza tan dulce en el porvenir, que todos los miraban, que todos les sonreian, como si hubieran querido manifestarles la satisfaccion y el placer que su dicha les causaba.

Un año hacia que Darney se habia casado, y en aquel intérvalo disfrutó de todos los placeres que son consiguientes á un enlace, en que los intereses estan de acuerdo con el corazon. Darney amaba tiernamente á su esposa y nada negaba á sus deseos; todos sus caprichos quedaban al punto satisfechos, ninguno de sus gustos encontraba resistencia y en los paseos, en los teatros, en las tertulias brillaba entre todas sus rivales, y su marido creia recompensados todos aquellos cuidados cuando ella se sonreia.

Ninguna nube habia oscurecido todavia su orizonte; ni una sola vez habia desaparecido la sonrisa de los hermosos lábios de Luisa: pero toda felicidad humana tiene su término, y la graciosa jóven debia esperimentarle.

Una noche estaba ya vestida para ir á un sarao que daba la señora de Riancourt, antigua amiga de su madre, y viendo que su marido no iba á buscarla segun tenia de costumbre, pasó algo incomodada á su despacho. Mucha fué su sorpresa al encontrarle envuelto en una prolongada bata, sentado en

CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

su bufete y muy ocupado en unas cuentas que ella no pudo entender, à pesar de haberlas recorrido con la vista.

—¿En qué estás pensando, Federiço? esclamó Luisa; son las diez ya, ¿te has olvidado del baile?

—No, querida, contestó Darney, sonriéndose y atrayéndola hácia sí; pero estoy muy ocupado, y pensé que quizás me sacrificarias ese placer..... Viendo que se ponia séria, continuó: pero no; soy injusto, estás demasiado hermosa para que sea yo el único que tenga el gusto de admirarte; vé, Luisa mia, vé pues á ese sarao; diviértete, sé feliz; yo me quedo para ocuparme de tí y de tus placeres.

Luisa se desesperó, rabió y juró que no iría sola á casa de la señora de Riaucourt. A esto se siguió una escena conyugal que debia destruir algunas risueñas ilusiones; y sin embargo, una hora despues se hallaba la señora de Darney en el baile, rodeada de un círculo de adoradores, y envidiada de todas las mugeres que luchaban inútilmente contra ella.

Desde aquella noche se acostumbró Luisa á ir à las tertulias y á los teatros sin su marido; la acompañaba la señora de Riaucourt, y su sobrino Alfredo, era su caballero.

Y mientras que la jóven se abandonaba á la seduccion del placer, el señor de Darney procuraba prevenir el desórden que gastos escesi-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

vos podrian introducir en su fortuna. Luisa no advirtió el sacrificio que su marido hacia, ni comprendió la tristeza involuntaria que de él se apoderaba. Federico no renunció por eso á su generosa resolucion, y siguió privándose de sus gustos, para conservarle aquella felicidad de que él no gozoba.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

II.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

El esposo de Luisa se vió en la necesidad de hacer un viage á Normandía para vigilar de cerca la ejecucion de mejoras urgentes en una hacienda considerable que representaba la mayor parte de sus bienes. Durante aquel tiempo se cansó Luisa de todas aquellas fiestas que habian fijado su atencion, sus triunfos por ser muy fáciles y demasiado repetidos, cesaron de deslumbrarla y se encerró en su casa, donde solo recibia á algunos amigos. Pero se fastidió tambien de la soledad, como se habia fastidiado del bullicio y de la sociedad; y para

llenar el vacío de su alma, se dedicó á la lectura de novelas modernas. Algunos de nuestros autores le trastornaron la imaginacion con sus místicos pensamientos y con sus vagos y religiosos delirios; y muchas veces lloró por algunas heroinas que mueren, pobres flores olvidadas, despues de una vida de resignacion, de sacrificios y de profundos y desconocidos dolores.

Una mañana se levantó persuadida de que era la mas desgraciada de las mugeres. Su alma se habia engrandecido, y dirigido sus miradas á otro mundo, mundo aparte, mundo excéntrico. Pensó que debia sufrir en silencio; su corazon no era conocido, y su amor no podia ya humillarse hasta el amor prosáico de su marido.

Su alma estaba aislada en la tierra sin que otra alma oyese sus quejas y la consolase: sus mejillas palidecieron, la sonrisa abandonó sus rosados labios, sus ojos perdieron el brillo y se cubrieron con un velo de mortal languidez, volvióse distraida y preocupada y sus palabras llenas de amargura, de tristeza y de desaliento revelaban que ella padecia, y todos creyeron que motivaba sus penas la ausencia demasiado prolongada de su marido.

Sucediéronse los dias á los dias, y los meses á los meses. Una mañana, recibió carta de Darney y en ella no le hablaba todavia de su regreso.

JUNTA DE ANDALUCIA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife CONSEJERIA DE CULTURA

—Es feliz! dijo con amargura..... ¡Está tan tranquilo!..... ¡Sus cartas me hacen daño!..... y la llama devoró la que en la mano tenia.

Al cabo de una hora recorria otra en medio de la mayor turbacion; el papel era color de rosa, y dos lágrimas habian borrado otras tantas; terminaba asi:

"..... La vida ó la muerte os pido, señora.... Si esta noche concurris al baile de mi tia, mi felicidad no tendrá límites! Os habreis compadecido de un desgraciado á quien estravia un fatal amor; habreis conocido que es tiempo de borrar con una hora de placer un siglo de tormentos!..... ¡Si supieseis, Luisa, cuánto he padecido en seis meses!..... Venid, venid esta noche; os lo suplico en nombre de lo que en mas estima teneis. Si rechazais á un insensato capaz de todo..... hasta de cometer un crímen, mañana me pisareis en el umbral de vuestra puerta!..... No me hableis de deberes, no estoy en estado de oiros..... me abraso..... deliro..... Luisa! Luisa! vuestro amor..... vuestro amor ó la muerte.

Alfredo de Riancourt."

Un criado anunció una visita, y la trémula Luisa ocultó en su seno la carta que acababa de leer.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

III.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

A las nueve de aquella misma noche la señora de Darney habia acabado ya su tocador; el temor..... ó la felicidad animaban su lindo semblante, y cuando su doncella le hubo abrochado el rico collar de diamantes y dirigido ella una mirada de satisfaccion al conjunto de su hermoso traje, consultó la péndola.—Las nueve no mas, murmuró..... y el baile no empieza hasta las diez..... Si entrase en el salon estando desierto, ningun efecto produciria..... y ademas ¿para qué tanta prisa?..... Volvióse á su doncella y le dijo: Que esté el coche para

las diez, te llamaré cuando vaya á salir, pero no entres sin orden mia.

Y cuando estuvo sola se recostó en los mullidos cojines de un sofá, apoyó en su blanca mano su hermosa cabeza, y soñó con el paso que iba á dar; se acordó de su marido, pero su corazon encontró admirables argumentos contra el remordimiento.

—¡Oh! ¿por qué ha rechazado mi amor?... ¿por qué me dejó sola en el mundo, sin apoyo y sin defensor?..... ¿Por qué tanta frialdad cuando yo queria amarle?..... El, él solo ha destruido los encantos de nuestra vida. ¿Tengo yo la culpa acaso de que mi alma no haya podido humillarse hasta ese amor metódico y helado que tan facilmente se acomoda, para no incomodar á nadie?..... Y ademas ¿qué podia hacer yo, débil muger, contra el amor ardiente de Alfredo, contra esa pasion abrasádora que vence todos los obstáculos, y cuando no, se apaga consumida por su propio fuego? ¡Oh! ¡Asi queria ser amada!..... ¿Qué importa el peligro? La felicidad que se esperimente despues será mayor..... La muerte no se presenta horrorosa á quien sabe amar..... La muerte..... la veré venir sin temblar..... porque soy feliz; encontré el alma que la mia buscaba..... soy feliz!

Inclinóse su cabeza, risueños fueron entonces sus pensamientos y la sonrisa apareció de nuevo en sus lábios; dos meses habia luchado

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

y padecido, y cuando estaba á pique de precipitarse en el abismo, despues de haberse justificado á sí misma de un crimen cuya profundidad no se atrevia á sondear, se creyó feliz..... Sus ojos se cerraron..... la imágen de Alfredo se colocó delante de ella..... y ella se quedó dormida.

Tranquilo era su sueño como el de los ángeles; su frente permanecia blanca y pura como la del niño que por la noche recibió el beso de su madre..... dormia, desfallecida por los combates interiores, por la lucha que la pasion sostenia con el deber; dormia mecida en la ola que debia sumergirla..... Dormia en fin.....

La péndola dió las once y dormia todavia.

Una hora despues doce campanadas se sucedieron lentamente sin que ella hiciese el menor movimiento.

Despertóse en fin á la una.

Deslizóse su hermosa mano por sus cabellos á riesgo de destruir su elegante peinado... ácordóse de repente de Alfredo y del baile, dió un grito al ver el fatal horario que habia andado con tanta rapidez, tiró del cordon de la campanilla, y algunos minutos despues entró en los salones de la señora de Riaucourt.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

IV.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Cuando entró en el baile, nada divisó Luisa, porque el resplandor de las luces la deslumbró; acercóse temblando á la señora de Riaucourt, y era tan violenta la emocion que esperimentaba, que no se atrevió á levantar los ojos para buscar á Alfredo. Despues de haber pasado la última barrera, un tardío remordimiento se habia apoderado de su alma; abandonóla el valor, se avergonzó de su falta, su frente se cubrió de rubor y bajó la cabeza para sustraerse á las miradas que le dirigian los concurrentes, como si temiese que penetráran su pensamiento.

Poco á poco fué tranquilizándose, levantó tímidamente los ojos, pero no vió á Alfredo. Helóla entonces un temor terrible; de nuevo se borraron los remordimientos y la vergüenza, y las mas crueles congojas los reemplazaron; sufria horriblemente, y sin embargo debia ocultar sus padecimientos; ademas, le quedaba alguna esperanza, aun podia llegar. Pero sucediéronse las horas y no pareció. La desgraciada Luisa conocia que las fuerzas la abandonaban: arrastrabanla en medio de las cuadrillas, y ella obedecia sin ver y sin oir; parecíole que el suelo se abria debajo de sus pies, miles de luces jugueteaban delante de ella, un ruido estrepitoso fatigaba sus oidos, se ahogaba, se moria!.... La palidez cubrió su semblante, flaquearonle las rodillas, secaronse sus ojos, y la rodearon cuantos cerca de ella estaban.

—No es nada, murmuró..... un vahido..... No es nada, pero no puedo bailar.

Insensiblemente fueronse quedando desiertos los salones: las jóvenes tan hermosas y tan llenas de atractivos unos momentos antes, desaparecieron como las hojas de las flores que el viento arranca y dispersa; los coches se alejaban rápidamente, y la triste Luisa permanecia inmóvil en su asiento, mirándolas marchar á todas, y no teniendo bastante fuerza para seguirlas.

La señora de Riautourt se acercó á ella:

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

—Estais desazonada, hija mia: mucho os agradezco que hayais venido, pero sentiria en el alma que con este motivo os hubieseis puesto mala.

—Nada de eso, señora, contestó Luisa haciendo un esfuerzo para sonreirse.

—Será preciso que os riña, replicó la señora de Riaucourt con amabilidad, vuestra melancolia inquieta á todos vuestros amigos: esta noche se lo decia á Alfredo.

—Luego ha venido! dijo la señora de Darney con voz ahogada.

—Sí, pero estuvo poco tiempo; casi, casi, le eché; tenia una cara que asustaba á todas mis convidadas.

—Oh! Dios mio!

—¿Qué decis?..... Estais tan pálida!

—Sufro..... sufro mucho; permitid que me retire..... no puedo permanecer aqui por mas tiempo.....

JUNTA DE ANDALUCIA
C.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Una hora despues, estaba Luisa en su casa; luego que entró en ella se sentó en una silla, donde permaneció inmóvil por espacio de tres horas.

—Infeliz! infeliz!..... me aguardó..... y marchó desesperado..... se matará! Dios mio, concededme la gracia de que muera yo tambien!

¡Horrible dia fué el que siguió á aquella fatal noche, dia de angustias y de tormentos! Al menor ruido esperimentaba Luisa un estremecimiento nervioso, y una fiebre ardiente

la devoraba. Si sus ojos se cerraban un momento, volvíanse luego á abrir dando ella un grito espantoso..... se le figuraba ver el cadáver ensangrentado de Alfredo.

Veinte veces, buscando un vislumbre de esperanza, tomó la pluma para escribirle, pero la detuvo un sentimiento de pudor, un recuerdo de su marido, cuyo honor iba á comprometer.

Pasóse la noche sin que pudiera encontrar una hora de descanso..... ni tampoco llorar.

A las once del dia siguiente entró la señora de Riaucourt en su habitacion; Luisa se levantó, y al ver el descompuesto semblante de la tia de Alfredo, cayó de nuevo en su silla, sin proferir una sola palabra.

—Ah! hija mia, dijo la señora de Riaucourt, sin reparar en su turbacion; vengo á buscar á vuestro lado alivio á mis penas, vengo á que me consoleis; me ha sucedido una gran desgracia!

—Me asustais, señora, balbuceó Luisa.

—Ya sabeis cuanto queria á Alfredo, ya sabeis que le miraba como si fuera hijo mio: tenia ya tratado su enlace con una señorita de las familias mas nobles, y dentro de algunos dias debia firmarse el contrato..... pero todo, todo se acabó, gracias á una loca pasion indigna de él.

Luisa la miraba con sorpresa:—¿todo se acabó, decís?

JUNTA DE ANDALUCIA
PC. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

—Si..... No sé lo que me pasa..... Alfredo está herido de gravedad.

—¡Herido!

—Un desafio; una bala le ha fracturado el braso.

—¿Un desafio?

—Sí, hija mia. Daria la mitad de mis bienes para que no se supiera este incidente, pero en París ya no se habla de otra cosa: el casamiento se ha malogrado, ¡y qué casamiento!

—Pero, señora..... ¿quién ha ocasionado ese lance?

—Una bailarina de la ópera!!!

Ocho dias despues, se reunió Luisa con su marido, pasó el verano en Normandía, y el invierno regresó á París mas fresca y mas hermosa que nunca. Muy pocas veces se la vió sin el señor de Darney; con frecuencia encontraba en las reuniones á Alfredo de Riaucourt, devolvíale el saludo, y con una sonrisa tranquila, y apoyándose en el brazo de su esposo, se alejaba, sin dejar en pos de sí ni un pensamiento, ni un pesar.

FIN DE PARA LO QUE SIRVE LA VIRTUD.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

LA MALDECIDA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

La Maldecida.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

El pueblo de Inglaterra es quizás el menos dispuesto á conmoverse. La noticia de un acontecimiento, que en cualquier otro pais alarmaria una poblacion entera, rara vez penetra hasta el hogar domèstico, y en todo caso nunca turba la tranquilidad. Hay sin embargo una circunstancia en que un vivo sentimiento de curiosidad remplaza á esa indiferencia, y es la de anunciarse un asesinato, sobre todo cuando presenta un carácter bien pronunciado de audacia y crueldad. El culpable y su crímen son el objeto de todas las conversaciones, y los esplotan de todos modos los periodistas, autores dramáticos y pintores. Los que no se

contentan con esos detalles acorren para ver por sus propios ojos la navaja ensangrentada, ó la pistola instrumento del asesinato, encontrado en un camino desierto, ó en la orilla de un estanque de cristalinas aguas. En fin, cuando el asesino ha pagado su tributo á la justicia, los aficionados á curiosidades conservan en sus gabinetes todo cuanto puede recordar á la posteridad aquel gran personage, desde la silla en que se sentó meditando por la primera vez acerca de su crímen, hasta la cuerda fatal què ahogó su postrer suspiro.

Despues de haber manifestado estos sentimientos cuya moralidad apreciará el observador filosófico, manifestaremos á nuestros lectores, que circuló en Lóndres, hace años, la noticia de un horroroso asesinato. La justicia se habia apoderado del culpable, ó por mejor decir, del que graves sospechas designáran como á tal. Sin embargo, ninguna prueba existia, y despues de muchos interrogatorios, decidieron los magistrados que se le pusiese en libertad.

La víspera de este dia, fué à visitarle una jóven en la cárcel. Su hermosa cara anunciaba las penas que devoraban aquel corazon; sus vestidos eran los de la última clase del pueblo; pero por sus modales y lenguage facilmente se adivinaba que aquella condicion no habia sido siempre la misma. Parece que à consecuencia de desgracias sin cuento, careciendo de todo

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

recurso, se habia decidido á casarse con aquel hombre sobre el que pesaba una acusacion criminal. No habrá necesidad de decir que no era ni el amor, ni la piedad lo que cerca de él la conducia. Acababa de saber que le habia engañado infamemente; aquel miserable tenia otra esposa. Despues de una acalorada esplicacion, se irritó contra ella en términos que la golpeo, la pisoteó y hasta la amenazó con la muerte; la infeliz pidió socorro, y en el esceso de su resentimiento soltó algunas espresiones que fueron recogidas por los testigos de aquella escena, y en las que acusaba á su marido como á autor del crímen que se le atribuia. De nuevo empezaron las pesquisas contra Blak (asi se llamaba el acusado), y Marta, su esposa, fué detenida, á fin de obtener declaraciones positivas.

Los esfuerzos de los magistrados y de los ministros de la religion fueron por mucho tiempo inútiles; pero un dia, como si el horror se hubiese apoderado de su alma al recordar el crímen cuyo castigo pedia la justicia, ó bien fuese que su corazon, puro en otro tiempo, tuviera necesidad de aliviarse del peso que le oprimia, se puso de rodillas, y con las manos juntas, bañados los ojos en lágrimas y atestiguando de su inocencia con el cielo, declaró que su marido habia cometido el asesinato, y que ella habia hecho los mayores esfuerzos para salvar la víctima.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Esto bastó para decidir la conviccion del jurado en cuya presencia se rectificó Marta en lo dicho. Al dia siguiente las puertas de la cárcel se abrieron: Blak marchó á la muerte, y Marta salió en libertad.

Pero que libertad! su declaracion que habia conducido á su marido al cadalso, la convirtió en objeto de odio y de desprecio. En semejantes casos se forma muy pronto la opinion pública. Los primeros dias que estuvo Marta en la cárcel, recaian en ella algunas sospechas de complicidad; pero despues de su manifestacion todos creyeron que era la única culpable. Animado Blak con esos rumores, le atribuyó todo el crímen, y hasta en el mismo cadalso renovó tan odiosa acusacion. El populacho inclinado siempre á recibir toda clase de impresiones, entregó desde aquel momento á la execracion el nombre de Marta Blak.

El sacerdote que habia asistido al criminal en sus últimos momentos fué el único que dudó de su sinceridad. Le habia visto morir insensible á sus exortaciones, y con el corazon lleno de odio y de turbacion. Pero esta duda ningun socorro podia prestar á la desgraciada Marta, porque la turba que la habia sentenciado, se sublevaba contra ella, furiosa y desapiadada. Habíase refugiado al salir de la cárcel en un arrabal de la ciudad; pero los gritos del populacho reunido delante de la puerta no tardaron en helar de espanto la caridad que

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

la habia recogido. Se vió arrojada á la calle, abrumada de injurias y de malos tratamientos hasta que, echada de la ciudad, la abandonaron moribunda en la orilla de un foso. Alli al menos, encontró el sosiego! Pasó acaso por su lado alguna buena Samaritana? No. Los que la habian visto en las calles vecinas, acudieron á su vez, y Marta, echada de nuevo, se vió en la necesidad de huir á la inmediata parroquia, donde algunos hombres menos crueles la salvaron de las manos de sus perseguidores.

La misma acogida tuvo en todas las partes donde esperaba encontrar un asilo, un sitio en que respirar. El terror que ella infundia la precedia como una llama ardiente; y mucho antes de que llegase á una ciudad, villa ó aldea se la esperaba ya. Con dificultud se creerá, á no ser que se tenga conocimiento exacto de las costumbres del pueblo inglés, el bárbaro encarnizamiento con que unos la rechazaban y el terror supersticioso que con su presencia esperimentaban otros, como si consigo llevàra la maldicion del cielo.

Existia sin embargo una humilde morada cuyos habitantes abrigaban sentimientos mas humanos; era la de un labrador llamado Beltran, ya entrado en dias, que habia abandonado su pais natal para establecerse en una aldea del condado de Surrey, con su muger y una hija de doce años. Poco despues de su estable-

cimiento murió su esposa consumida por un violento pesar. Esta muerte y el dolor que la causó habian dejado en el rostro de Beltran la indeleble espresion de una profunda melancolia. Vivia retirado; trabajaba á jornal, y pasaba los dias festivos con su hija, evitando todo trato con sus vecinos, quienes veian en él un hombre poco sociable, pero bueno, y acabado á causa de profundos pesares, que respetaban sin conocerlos.

Esta morada fué en la única en la que el anuncio de la próxima llegada de Marta Blak no alteró la tranquilidad. La niña Sara notó que su padre no habia añadido la menor palabra á las alarmantes relaciones de las comadres, ni tampoco á las de los compadres, no mas tranquilos que ellas; observó tambien que no se habia conmovido cuando le aconsejaron amigablemente que no dejase salir à su hija, y que se colocase á la puerta, como sus vecinos, armado con un palo á fin de impedir que la perversa Marta entrase en su casa, tanto mas cuanto que el rio que corria á poca distancia de su cabaña, era el límite de la parroquia, y probablemente llegaria por aquel lado.

Pocos momentos despues salió Beltran á su trabajo dejando muy inquieta à la jóven Sara, la que se propuso correr el cerrojo de la puerta al menor ruido que oyese. Ocupóse en seguida en los quehaceres domésticos, y se es-

tremeció al recordar que debia ir por agua al rio, donde tal vez encontraria à Marta. Juzgó imposible esponerse á tanto peligro; pero necesitaba agua para preparar la comida de su padre, y despues de haber dirigido una corta pero ferviente súplica á Dios para que la preservase de toda desgracia, tomó el cántaro, y se encaminó al rio.

Habia ya andado unos cien pasos, cuando se le figuró oir á lo lejos una confusa gritería. Detúvose para escuchar, y como el ruido se acercaba, regresó corriendo á la cabaña, en cuya puerta encontró á su padre que la estaba aguardando. Sorprendido este al verla trémula y agitada, y con el cántaro vacío, le tomó cariñosamente la mano, diciéndole:

—Adivino, Sara, lo que tienes. No te atreves á ir al rio, porque temes encontrar á Marta Black.

Sara se echó á llorar. Su padre continuó:

—¿Por qué temes á esa muger?

—No la temo tanto como la odio, replicó Sara.

—¡La odias, hija mia!.... ¿Qué daño te ha hecho? ¿has olvidado que Dios manda, que amemos á nuestro prójimo?

—Pero no al perverso.

—Si, hija mia, debemos amarle y compadecerle, aunque aborrezcamos el delito que cometió. ¿Pero quién te ha dicho que Marta sea criminal? Sus jueces la han absuelto por

J.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

inocente, y son mucho mas sábios que esa turba ciega que la acusa. Vé, pues, á buscar el agua que necesitas y ten valor. Aqui te aguardo.

Tranquilizada Sara con las palabras de su padre, enjugó sus lágrimas y se encaminó al rio.

Los clamores que un momento antes sembraron el terror en su corazon, se oian mas cerca. Subió á una colina desde donde divisó un gentío inmenso que, dando espantosos gritos, se dirigia bácia donde ella estaba. Era Marta á quien hombres, mugeres y niños perseguian tirándola piedras y lodo á la cara. La fatiga y el terror habian desconcertado el semb'ante de aquella infeliz muger, tenia los ojos desencajados, los pies descalzos é hinchados, y de sus vestidos conservaba solo algunos andrajos.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

En esta forma llegó al rio, perseguida siempre por la turba que se empeñó en que le atravesara; Marta vaciló, y los mas osados, levantándola entonces en alto la arrojaron al agua, á pesar de sus súplicas y lastimeros gritos. El espanto reanimó sus agotadas fuerzas: un esfuerzo desesperado la llevó á la orilla opuesta y desapareció entre un bosquecillo que allí cerca habia. A poco rato se retiró la turba dando ahullidos de alegría, y Sara se quedó sola sobrecogida á la vez de piedad y de terror.

La pobre niña se apresuró á llenar su cántaro y marchaba ya precipitadamente á reunirse con su padre, cuando al pasar cerca del bosquecillo oyó unos gemidos ahogados. Dirigió la vista hácia aquel lado, y divisó á la desgraciada Marta, tendida en el suelo, con los ojos levantados al cielo é hinchado el pecho de sollozos convulsivos. Sara habia formado una idea muy poco ventajosa de aquella desgraciada; creia que era una fantasma horrorosa, asi es que fue mucha su sorpresa cuando acercándose vió á una jóven hermosa aun y cuya fisonomía, á pesar de la palidez de muerte que la cubria, llevaba el selio de la bondad; nada indicaba en ella los dos crímenes de que la acusaban la perfidia y el asesinato. Algo mas tranquila acercóse á Marta, que haciendo un esfuerzo violento se puso de rodillas y le dijo:

—Perdon! piedad! hija mia; salvadme de ellos; salvadme tan solo esta vez. Pueda yo respirar un dia, una hora.... quiero morir aquí; no les digais donde estoy. Sois jóven, inocente, sereis tambien buena?

—Y si yo soy buena, no sois vos mala?

—N ! replicó Marta con una vehemencia que parecia el último esfuerzo de la naturaleza moribunda; no; soy inocente! No merezco mi horrible suplicio, al menos por el delito de que se me acusa. Mi crimen está en haber desobedecido á mis padres, en haberlos

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERÍA DE CULTURA